

EL PLANETA DE LOS CICLOPES ROJOS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

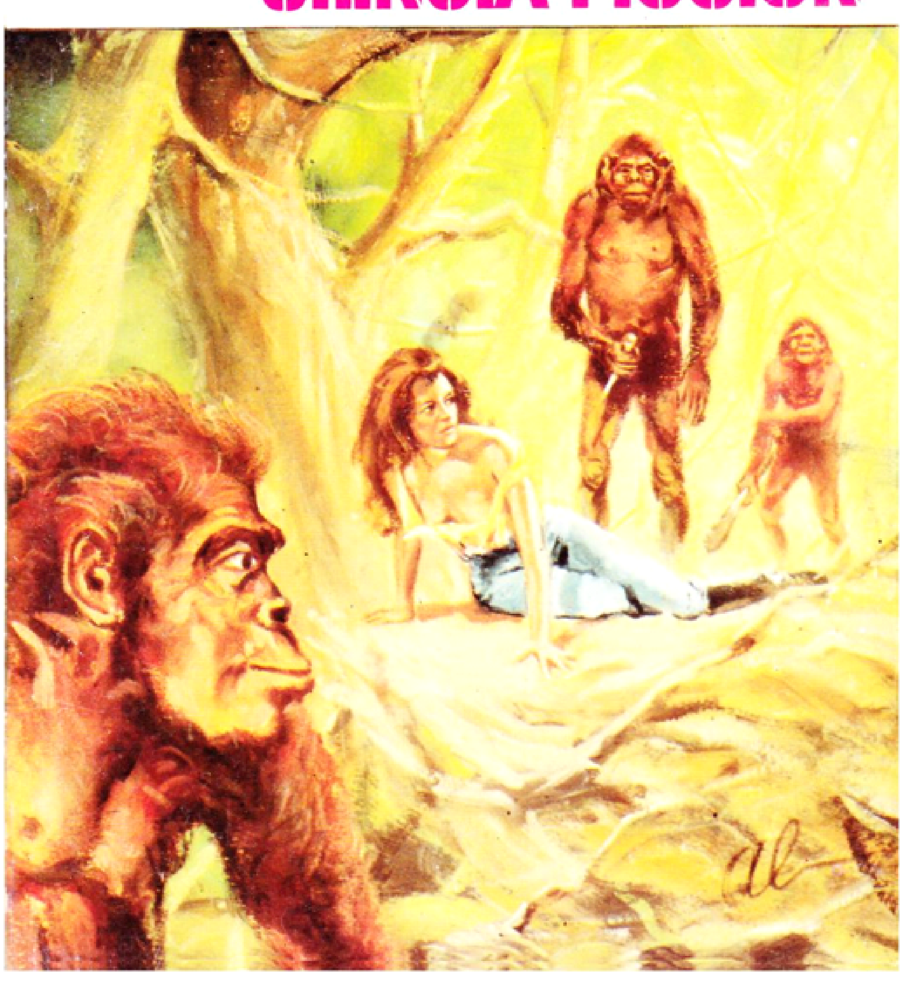
BOLSILIBROS BRUGUERA

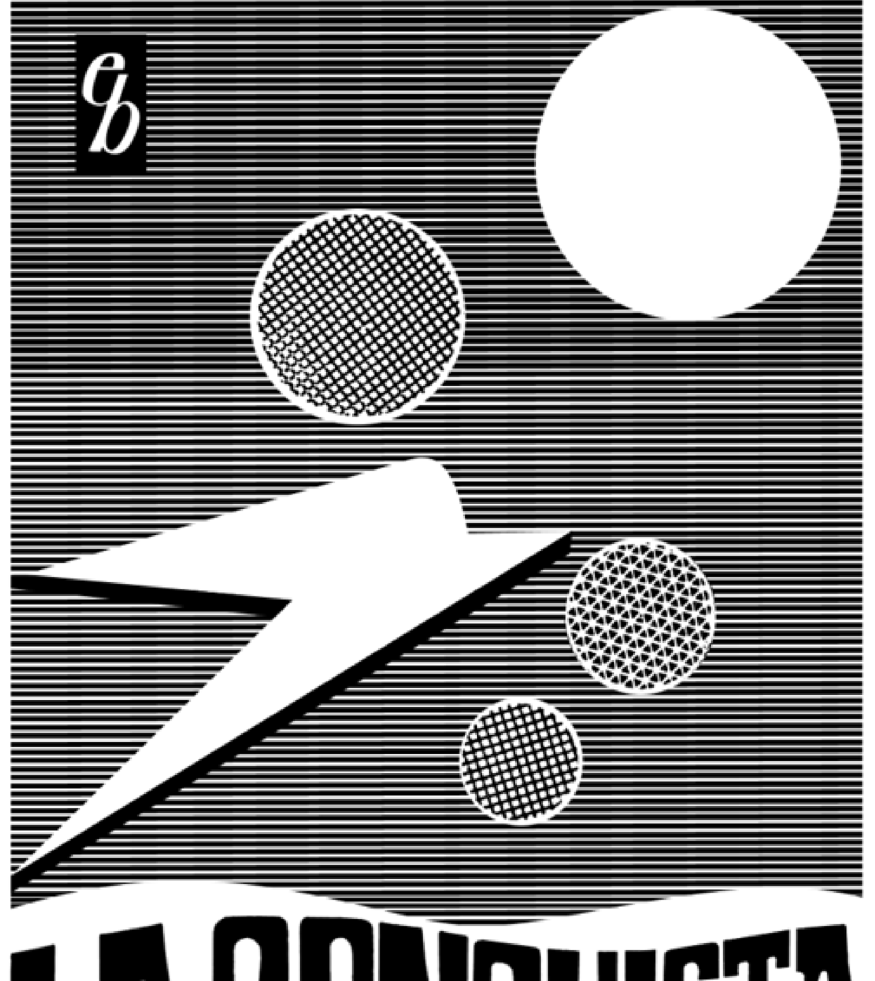
la conquista del ESPACIO

EL PLANETA DE LOS CICLOPES ROJOS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

1. — *Asunto de vida o muerte,* Kelltom Mclntire.
2. — *Criaturas artificiales.* Curtis Garland.
3. — *¡Viva Marte!,* Clark Carrados.
4. — El gladiador galáctico, Ralph Barby.
5. — Amazonas de las galaxias, Curtís Garland.

1.

KELLTOM McINTIRE

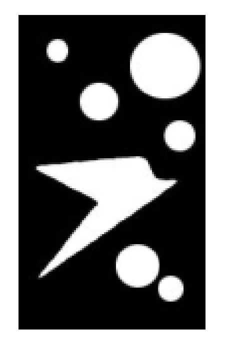
El PLANETA DE LOS

CICLOPES ROJOS

Colección

LA CONQUISTA OEL ESPACIO n° 432

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 29.981 - 1978

impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Jessie escanció en las copas, y me sirvió el champaña con una sonrisa.

- Por nosotros — pronunció alegremente —. Por un feliz retorno a la Tierra.

Choqué mi copa con la suya, y Sally y Bert Ruseel quisieron hacer lo propio.

Bebimos.

Nos sentíamos muy alegres. Tras de una larga permanencia en el enorme y exuberante Tildrich **(1)**, ansiábamos regresar a la Tierra, reencontrar nuestra vida normal y abrazar a nuestros parientes y amigos.

A bordo de nuestra astronave, el gran RAPID-003, transportábamos una enorme colección de especímenes propios del planeta Tildrich: desde pequeñas bacterias hasta animales superiores al elefante, pasando por reptiles, insectos, aves y vegetales de todas clases, especialmente frutales ubérrimos y tubérculos cuyos frutos llegaban a pesar sesenta kilogramos.

La bella Jessie Jordán me sirvió otra copa y me besó ligeramente tras la oreja. Sally y Ruseel dejaron escapar unas risitas de complicidad, y aprovecharon para entregarse frescamente a sus caricias.

- ¡Por nuestro comandante, el valiente y decidido Cameron Gwins!—gritó Jessie, entre burlona y emocionada.

Volvimos a brindar todos.

A Jessie y a mí nos unía una tierna amistad que, poco a poco, comenzaba a convertirse en verdadero amor. Ella, en verdad, merecía la pena. Alegre, pero responsable y capacitada, era una de esas personas a las que todos desearíamos amar. Físicamente era de estatura mediana, delgada y muy morena, y sus facciones eran más bien aniñadas.

(1) Escenario del relato del mismo autor titulado «TILDRICH, BASE UNO», número 269 de la colección «ESPACIO».

Me llevaba la copa a los labios cuando se produjo aquella fuerte conmoción. El líquido que me disponía a beber se derramó sobre mi pecho, y la vajilla que había sobre la mesa, cayó al suelo con gran estruendo.

Jessie se tambaleó, y Sally y Bert cayeron al suelo, tan unidos como un momento antes.

No voy a ocultar que me sentí sumamente alarmado. En cuanto recuperé mi control, me incorporé de un salto y salí de la estancia.

En el ancho pasillo me encontré con distintos miembros de la tripulación, que preguntaban, alarmados:

— ¿Qué ha ocurrido? ¿Hemos chocado con algún asteroide?

Les recomendé calma, y seguí mi camino hacia la cabina de mando...

Pronuncié la contraseña fonética que abría la puerta, pero ésta permaneció firmemente cerrada.

Retrocedí, ya asustado, hasta la sección de comunicaciones.

Entré. John Ketchum, el ingeniero de telecomunicaciones, estaba observando la cabina de control, a través del circuito cerrado

de televisión.

Yo también miré con toda atención, y lo que vi me llenó de pavor: a través de un enorme boquete abierto en la estructura metálica de la astronave, el cuerpo del copiloto Ted Johnson salió disparado hacia el exterior como una catapulta, entre una nube blanquecina, formada por fragmentos de cristal, oxígeno y vapor de agua.

Palidecí.

También Ketchum se volvió hacia mí, con las facciones descoloridas.

- ¡Horrible...!—murmuró—. ¡Pobre Ted...!

Aunque bajo la tremenda impresión recibida, comprendí en seguida la causa de la catástrofe: fragmentos de un gran bólido llenaban el piso de la cabina de mando.

- ¡No lo comprendo! — murmuré, entre enojado y pesaroso —. ¿Es que Ted no advirtió la proximidad de esos aerolitos, en su pantalla de radar?
- Precisamente me disponía a enviarte aviso, Cam — respondió Ketchum —. Hace tres minutos el radar de a bordo dejó de funcionar: ésa debió ser la causa de que Johnson no percibiera el peligro a tiempo para poner en marcha la repulsión magnética.

Sentí un tremendo escozor en los ojos. Porque estaba seguro de que nada podríamos hacer ya por el infeliz Ted Johnson: la tremenda despresurización le habría matado, antes de que su cuerpo fuera materialmente «chupado» por el vacío espacial y proyectado a distancia inalcanzable.

- Desconecta iodos los instrumentos de la cabina de mando «A» —indiqué a Ketchum—. Voy directamente hacia la cabina «B» para rectificar la derrota. Y avisa a todos los tripulantes, que permanezcan alerta.

Por fortuna, el RAPID-003 disponía de dos cabinas de mando, cada una de las cuales permitía dirigir independientemente la astronave, en caso de que se produjera una catástrofe similar a la que acababa de tener lugar.

Por desgracia, el mecanismo de la puerta de entrada de la

cabina «B» estaba averiado.

Ketchum tuvo que dejar a Jessie en la cabina de telecomunicaciones para ir en persona a reparar la avería

No era nada importante: el impacto del aerolito que había destrozado la cabina «A» había roto accidentalmente las conexiones eléctricas de la cabina «B».

- Estará arreglado en treinta minutos. Tenderemos una red eléctrica auxiliar — dijo el ingeniero.

Pero se equivocaba. En realidad, no era un solo bólido el que chocara contra el RAPID-003, sino varios, según podríamos comprobar más adelante. Uno de ellos había destrozado el generador principal, situado en el piso inferior, bajo las cabinas de mando gemelas.

Hubo que utilizar la fuerza eléctrica del generador de emergencia, y empalmar a la red que daba servicio a las dos cabinas.

Todo aquello duró algo más de noventa minutos, y cuando la cabina estuvo en situación de ser utilizada, calculé el ángulo de derrota.

- No puedo ocultar que la situación es grave — anuncié a la tripulación —. Como consecuencia del choque contra los bólidos, el RAPID-003 ha derivado algo más de sesenta grados a estribor. Será posible volver a la ruta correcta, pero nos veremos obligados a descender sobre algún planeta o asteroide intermedio para poner el generador principal en estado de funcionar.

Hice venir a Ruseel, mi jefe de navegación, y le expuse el asunto.

- Según la dirección que lleva nuestra nave — dijo, tras realizar sus cálculos —, el planeta más propicio para reparar las averías es Wreegl.
- ¡Wreegl! —exclamé—. El planeta de los Cíclopes Rojos...
- Así le llaman los pilotos de esta ruta — asintió Ruseel.

Como era la primera vez que yo dirigía una astronave a lo largo de aquel trayecto, no conocía Wreegl, un planeta de segunda magnitud, algo mayor que la Tierra.

Los pilotos tenían un temor casi supersticioso a descender sobre su superficie. Contaban extrañas historias acerca de unos seres humanos de gigantesca talla y cabellos rojos, que apacentaban rebaños de ovejas y vacas de descomunales proporciones...

Naturalmente, yo había hecho tanto caso de aquella historia como de los centenares de fantásticos relatos que había escuchado en otras partes.

Pero cuando anuncié a la tripulación que veinticuatro horas después descenderíamos sobre Wreegl, para reparar las averías, el temor cundió entre ellos.

El primero que vino a verme para protestar fue Don Hacker, el zoólogo encargado de los animales que transportábamos a la Tierra.

- Es una locura, comandante — advirtió, ceñudo —. Nadie debe poner sus pies sobre el planeta de los Cíclopes Rojos.
- Exponga un motivo razonable que lo desaconseje, y estudiaré la posibilidad de escoger otro punto de la ruta — respondí secamente.
- ¿Ha oído hablar de Jeff Spiros?— preguntó.

Respondí afirmativamente.

Spiros había sido muy famoso, diez años atrás. Uno de los primeros pilotos que realizó vuelos fuera de nuestro sistema solar, Jeff Spiros había conseguido enorme prestigio.

- Pues bien, posiblemente recordará que a Spiros le falta una pierna...—insistió Hacker.
- Sí. Lo recuerdo, pero...
- Lo que muy probablemente no sabrá es que Spiros perdió su pierna en Wreegl. ¿Y sabe cómo?
- Lo ignoro. Un accidente, supongo.
- Nada de accidente. Spiros es amigo mío, *y* me lo contó en confianza. Tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia sobre Wreegl. Cuando él y su equipo de mecánicos estaban reparando el fuselaje de su astronave, brotaron del bosque próximo los cíclopes, y cayeron sobre ellos. Al primero que agarraron fue a Spiros. De un tremendo tirón, el gigante que le había elevado en el aire... ¡le arrancó la pierna derecha!

Traté de disimular una sonrisa.

Pero Hacker continuó con su relato, muy excitado:

- A pesar del terrible dolor, Jeff empuñó su pistola eléctrica, y la disparó a los ojos del cíclope, que aflojó sus dedos y le dejó caer. Arrastrándose, dejando tras sí una estela de sangre, mi amigo consiguió alcanzar la astronave y ponerse a salvo. Pero tres de sus mecánicos cayeron en poder de los cíclopes, y nada se pudo hacer por rescatarlos. En pocos minutos, los gigantes *los hablan devorado.*

CAPITULO II

Escuché a Hacker con toda paciencia, pero yo me sentía especialmente escéptico.

¿Cómo creer aquella fábula de los gigantes devoradores de hombres...?

Conocía mundos diferentes y lejanos entre sí. La raza humana variaba en detalles como el cabello, el color de la piel e incluso otros datos, como la forma de las orejas o la formación del cráneo. Pero, en todos los casos, la estatura de los seres racionales venía a ser parecida. Una diferencia que iba desde poco más de un metro, en los pigmeos, a individuos también de raza negra, por lo general, que alcanzaban dos y medio o un poco más.

Le dije a Hacker, finalmente, que llevaríamos los trabajos a cabo, con todas las garantías. Se establecería una vigilancia armada constante, etcétera. Pero Hacker se alejó, poco convencido de mis palabras.

Era evidente que la mayoría de los tripulantes conocían aquella fabulosa historia de los Cíclopes Rojos..., incluida Jessie Jordán.

Eran las ocho treinta de la mañana, cuando Jessie se presentó en la cabina de mando.

Dirigió una mirada al tercer piloto, Mark Smith, que se sentaba a mi derecha, y éste, comprendiendo la indirecta implícita en sus ojos, dio una disculpa y abandonó la cabina.

— ¿De qué se trata? — pregunté, pues adivinaba que

el motivo que había traído a Jessie a, la cabina, no era de índole sentimental.

- Cam, ¿no podrías evitar el descenso sobre Wreegl? — exclamó.
- También tú tienes miedo — sonreí.

Se enfurruñó.

- Es cierto que tengo miedo, pero yo podría superar mi propio temor. Por desgracia, no se trata de mí.
- ¿De quién, entonces?
- De todos los demás. Están aterrados, Cam. Ese loco de Hacker les ha ido con la historia de Jeff Spiros. Hay una atmósfera extraña a bordo, puedo percibirlo sin esfuerzo. Hacker les ha metido el miedo en el cuerpo, y lo que más temo...
- ¿Qué es lo que más temes? — pregunté, impaciente.
- Que estalle un motín contra ti — respondió, grave —. Reconsidéralo, Cam. ¿ No podríamos reparar las averías en otro lugar?

Moví la cabeza en sentido negativo.

- Pero tú puedes ayudarme. Intenta convencerles de que la historia de Hacker es pura fábula. Lo digo en serio, Jessie: tengo pruebas de que Jeff Spiros se convirtió en un alcohólico. ¿Qué clase de relatos se puede esperar de un hombre que estaba constantemente borracho? Si la borrachera hace ver bichos a los etílicos, está claro que los cíclopes rojos de Spiros fueron engendrados por el alcohol.

Pero Jessie no parecía muy convencida por mis razones.

- No sé, no sé, Cameron. Tienen demasiado miedo para ser capaces de razonar. Te prometo que haré cuanto pueda, pero no confío en convencerlos, con mis palabras. ¿De veras es absolutamente imprescindible descender sobre el planeta Wreegl?

Tomé un kit de micro-diapositivas y lo introduje en su alojamiento. Pulsé una tecla, y en la pantalla del panel apareció un mapa cósmico.

- Estamos aquí — señalé con el dedo índice —. Más allá, ¿ves este puntito?, se encuentra el asteroide Raleigh, pero para llegar hasta él hay que contornear esta enorme mancha.

- ¿Qué significa la mancha? — preguntó Jessie, interesada.
- Es el océano magnético de Yunk, una zona de enorme atracción magnética, en la que ya se han perdido varias astronaves para no reaparecer jamás. Se puede, como te he dicho, bordear a prudente distancia el océano de Yunk, pero tardaríamos dos meses en alcanzar el asteroide Raleigh. Para entonces nos habríamos apartado tanto de nuestra ruta, que tardaríamos cerca de un año en llegar a la Tierra. Y no disponemos de alimentos para los animales en cantidad suficiente, lo que viene a significar que todos morirían.

Jessie me miró, entre resignada e inquieta.

- Bien... Veo que no hay otro solución que alcanzar el planeta de los Cíclopes Rojos. Ojalá seas tú quien está en lo cierto, Cameron. Iré a hablar con nuestros compañeros. Y deséame suerte — dijo.

Abandonó la cabina y, poco después, volvió Mark.

También el tercer piloto parecía ceñudo y sombrío.

- ¿También tú tienes miedo, Mark? — le pregunté para romper el silencio.

Respondió, sin mirarme:

- Bueno, no parece que el viaje se esté desarrollando tan fácil y cómodamente como imaginábamos, al abandonar Tildrich. No se trata sólo del descenso sobre Wreegl... Son esos asquerosos animales que llevamos a bordo. Ellos también parecen presentir el peligro, y se muestran inquietos. Hace unos

minutos, un *gozl* escapó de su jaula, y atacó a uno de los cuidadores. Tuvieron que utilizar carabinas electrónicas para reducirle. De todas formas, Dick Farmer está malherido: tiene una regular herida en el cuello que el *gozl* le produjo con sus patas.

Los *gozls* eran enormes insectos de Tildrich, de unos nueve kilos de peso. Inofensivos en apariencia, excepto si uno se dejaba alcanzar por sus temibles patas, provistas de duras uñas dispuestas en forma de serrucho, como en los saltamontes y langostas terrestres.

Encargué a Smith del control de navegación, y abandoné la cabina.

En efecto, Dick Farmer estaba siendo operado en aquel momento por el doctor Keneth Madison y una enfermera,

Farmer estaba bajo el efecto de la anestesia, le acababan de administrar una transfusión sanguínea, y parecía fuera de peligro, aunque el desgarrón de su cuello, que las expertas manos de Madison cosían en aquel momento, era de dimensiones impresionantes.

¿Cómo había podido ocurrir el accidente? Las jaulas de los animales que transportaba el RAPID-003 eran suficientemente sólidas como para resistir los embates de sus ocupantes.

Tomé uno de nuestros pequeños vehículos eléctricos, y me dirigí a popa, donde estaban las jaulas de los animales procedentes de Tildrich.

Cooper, uno de los vigilantes, vino a mi encuentro.

- Farmer ha estado a un paso de la muerte… Dígame, Cooper — exigí—: ¿Cómo escapó el *gozl?*
- No lo sé, comandante — respondió el vigilante, confuso.
- ¿No lo sabe? ¡Usted estaba de guardia, con Dick Farmer, y es responsable de lo que ocurra aquí! —exclamé, conteniendo mi ira a duras penas.
- No sé cómo pudo suceder, comandante, —Cooper rehuía mirarme directamente—. El bicho se escapó, como quiera que fuese; Dick estaba en el pasillo y…
- Llévenme hasta la jaula del *gozl* — ordené.

Cruzamos el pasillo. Los monstruosos *draks* de cuello serpentiforme y espeluznantes mandíbulas, capaces de convertir en polvo huesos macizos de doce centímetros de diámetro, se agitaban,

inquietos, y golpeaban el suelo con sus pesadas pezuñas, propias de elefantes.

Mark Smith había dicho la verdad. Los animales de Tildrich se mostraban muy inquietos. Rugían, bufaban y golpeaban con terrible contundencia los barrotes de sus jaulas.

Cooper se detuvo ante una hilera de jaulas habitadas por otros tantos *gozls,* oscuros y peludos.

- Esta es la jaula — dijo el vigilante.

Inspeccioné et cerrojo y los barrotes. Todo estaba en

orden, sin mostrar la menor huella de violencia.

Miré a Cooper fijamente y le dije:

- Bien. Creo que ha llegado el momento de las explicaciones. ¿Qué fue lo que pasó, en realidad?
- No puedo seguir ocultando la verdad, comandante. Nuestro jefe directo es el doctor Hacker, y pensé que debía protegerle. Pero usted nos transporta a todos a través del espacio, y tiene derecho a conocer la verdad.
- ¿A qué se refiere?
- Creo que el doctor Hacker estaba un poco... bebido. Dijo que iba a echar una ojeada a los animales, pero no permitió que Dick y yo le acompañásemos. Volvió al cabo. Murmuraba algo entre dientes, que no pudimos entender, y se marchó. Poco después, cuando Dick fue a hacer su ronda, el *gozl* se abatió sobre él y le atacó. Yo retrocedí a toda prisa, y conseguí abatir al animal antes de que destrozara por completo el cuello del pobre Dick — confesó.
- Suponía algo parecido. Escuche, Cooper: no voy a tomar en cuenta, por esta vez, que ha faltado a su deber, pero procure no olvidar mi orden. Hacker no penetrará en esta sección, sin que ustedes me avisen previamente. ¿Lo ha entendido?
- Sí, comandante Gwins — respondió el vigilante.

Busqué a Hacker por todas partes, pero no lo encontré. Por el contrario, tropecé en mi camino, con varios tripulantes, todos los cuales evitaron mirarme de frente.

Finalmente, me dirigí a la cabina del zoólogo.

Yacía de bruces contra el lecho, y apestaba a alcohol.

Llevado por la cólera, le agarré por un brazo y le sacudí con todas mis fuerzas.

- ¡Dígame por qué lo hizo, Hacker! ¡¡Dígamelo!! — rugí.

La cabeza del zoólogo pendía hacia atrás, oscilante.

Le dejé caer sobre el lecho, cuando comprendí que no obtendría ninguna respuesta de su labios.

Sin embargo, le oí respirar con jadeantes estertores, y me preocupé.

Me incliné sobre él, y le tomé el pulso. ¡Latía a más de ciento sesenta pulsaciones por minuto...!

Entre sus labios brotaron algunas palabras inteligibles:

- ¡Los caníbales rojos...! ¡Nos aniquilarán, nos devorarán a todos, uno por uno...!

Sonreí, escéptico.

- Sí que la has pillado buena...—murmuré.

Y abandoné su cabina.

Me dirigía al control de navegación, cuando varié mi dirección y detuve el vehículo ante la enfermería.

Entré y advertí que el doctor Madison seguía ocupándose de la tremenda herida de Dick Farmer.

- Échele una mirada a Hacker, cuando termine con Dick, doctor — recomendé —. Ha pillado una monumental borrachera, y no me extrañaría que llegase al *delirium tremens.*

De vuelta a la cabina de mando, indiqué a Mark que podía retirarse a descansar.

Consumí en solitario parte de mi turno de guardia, hasta que, a través del intercomunicador, escuché la voz del doctor Madison.

- ¿Está solo, comandante? — preguntó.
- Sí. ¿ Por qué?
- Tengo que hablar con usted a solas.
- Está bien. Venga. Le espero — respondí, desconcertado.

Llegó tres minutos más tarde.

Por su aspecto, adiviné que no iba a darme una buena noticia. Y acerté de lleno.

- Don Hacker acaba de morir — dijo.
- ¿Cómo? — salté de mi asiento—. ¿Un fallo cardíaco, quizá?

Madison movió la cabeza en sentido negativo.

- Eso mismo pensé yo, cuando llegué a su cabina y advertí que su corazón había dejado de latir. Sin embargo, le. desnudé de cintura para arriba, y vi en su brazo derecho la profunda mordedura venenosa. Esa fue la causa de su muerte.
- ¿Una mordedura de serpiente? — pregunté,
- Hay varias serpientes *siff* en su parque zoológico, ¿no? Una de ellas mordió a Hacker, es evidente — respondió el médico.
- Pero eso es imposible — protesté—. Las *siffs* están encerradas en jaulas protegidas por gruesos vidrios.
- En tal caso, hay que descartar un accidente — indicó Madison.
- ¿Quiere decir que Hacker penetró en la jaula de las serpientes y se *hizo morder* por una de ellas? — le pregunté.

Kenneth Madison se puso en pie.

- No lo sé, comandante, pero es la única respuesta lógica. Parece ser que, por alguna oculta razón, Hacker. se suicidó imitando el clásico sistema de Cleopatra. De todas formas, es cosa que sólo compete a usted. A usted le corresponde hacer la investigación pertinente, poique supongo que, cuando lleguemos a Tierra, tendrá que rendir un informe acerca de la muerte de Don Hacker, ¿no es cierto?

CAPITULO III

Aislado en la cabina de mando, me devané el cerebro, buscando una razón válida para explicar la teoría del suicidio de Don Hacker.

Tajantemente, me negaba a creer que Hacker hubiera optado por la muerte antes de descender, vivo, en Wreegl.

Yo no podía concebir que su terror fuera tan intenso como para empujarle a la autodestrucción.

Pensé que lo más conveniente sería interrogar de nuevo a Cooper. Pero deseché aquella posibilidad, puesto que ni Cooper ni Farmer habían presenciado los movimientos de Hacker dentro del almacén zoológico, por lo que ningún nuevo dato podrían aportar.

¿ Estaba loco Hacker, tenía perturbadas sus facultades mentales? La verdad es que yo no lo hubiera imaginado nunca, de no surgir la cruda realidad de su aparente suicidio. Decidí consultar, acerca de aquella posibilidad, al doctor Madison.

Mark Smith llegó a las cero quince, y me relevó. Le encargué que me llamase si se producía la menor anormalidad, y estuvo de acuerdo.

Intenté sonsacarle acerca de los comentarios oídos a sus

compañeros durante la cena, pero Smith tenía pocas ganas de conversar, y le dejé.

Tampoco yo tenía muchas ganas de charlar con nadie, por lo que me hice traer una ligera cena a mi cabina.

Debía descansar lo mejor posible, pues a la mañana siguiente descenderíamos sobre el planeta Wreegl. Sin embargo, a pesar de mis esfuerzos, no fui capaz de conciliar el sueño a lo largo de la primera hora de descanso.

Decidí ir al bar y tomar una copa. Tal vez encontraría allí a alguno de mis camaradas, a Jessie, a Sally, a Bert...

Pero el bar estaba solitario, por lo que, tras beber rápidamente un whisky frío, volví a mi cabina.

No había hecho más que dejarme caer sobre el lecho, cuando la luz azul destelló encima de la puerta de entrada.

Oprimí el kit sobre la mesilla de noche, y la puerta se abrió.

— Adelante — dije, al reconocer a Deane Sullivan—. Pase. Me disponía a dormir, pero tal vez un rato de charla me ayude a ello.

Debí adivinar lo que iba a suceder a continuación.,., si hubiera estudiado con interés las tirantes facciones de la bella Deane.

Era muy hermosa.

Tenía los cabellos rubios, los ojos luminosos, azules y un rostro muy fino y bello.

Vestía una larga túnica azul, a pliegues, que realzaba el brillo dorado de sus cabellos, y dejaba libres los bronceados brazos.

Sus manos estaban ocultas a la espalda...

Y de repente, aparecieron empuñando un fusil electrónico.

No dijo nada.

Sólo sus labios, rojos y gordezuelos, se tensaron y sus ojos azules relampaguearon, iracundos.

El chorro eléctrico que brotó de su fusil pasó rozándome los cabellos y perforó limpiamente la cabecera de mi cama, de acero

cromado.

De nuevo alzó el fusil y un segundo rayo rojizo abrió un agujero de cinco centímetros de diámetro en la mesilla de noche, igualmente metálica,

Pero yo había abandonado el lecho para entonces. Rodando vertiginosamente sobre mí mismo, caí al suelo, me escurrí bajo la cama, salí al otro lado, me incorporé y salté temerariamente sobre ella.

Pero Deane se retiró dos pasos, y mi cabeza chocó violentamente contra el muro de metal forrado de madera incombustible.

Caí al suelo, quedé atontado...

«¡Dios mío! — pensé, removiéndome apenas—. Su próximo disparo... me abrasará.»

Sacudí la cabeza, luchando desesperadamente contra el sopor que me impedía controlar mis movimientos...

Deane me miró con odio y... tornó a apretar el gatillo.

Pero alguien la empujó por detrás, y el rayo eléctrico abrió un agujero humeante en el suelo.

- ¡Por amor de Dios, Deane! ¿Te has vuelto loca? — oí que gritaba alguien.

¡Era Jessie, mi pequeña y leal Jessie...!

Logré fijar la visión de mis ojos, y vi que Jessie sujetaba por los brazos a una enfurecida Deane, que se debatía como una pantera, tratando de morderla, de golpearla y de arañarla, todo al mismo tiempo.

En el suelo, estaba el fusil.

Lo primero que hice fue agarrarlo de un zarpazo, extraer su cartucho energético y arrojar cada elemento en direcciones distintas, lleno de rabia y de frustración.

Por fortuna, Jessie había conseguido dominar a Deane, retorciéndole un brazo a la espalda.

Miré aquel rostro transido de odio volcánico, de rencor sin límites.

- ¿Por qué...? — preguntó, desconcertado—. ¿Por qué lo hizo, por qué intentó matarme, por tres veces consecutivas?

Me escupió. Y, salvajemente, intentó alcanzarme con las punteras de sus botas, aunque no lo consiguió.

- ¡Le odio, comandante Gwins, le odio con toda mi alma! —silabeó—. Yo amaba a Ted, le quería con toda mi alma. ¡Y le he perdido! ¡Para siempre! Por su culpa. ¡Si usted hubiera estado en la cabina de control, pilotando la nave... Ted se habría salvado...! Pero no, le tocó a Ted, ¡a él precisamente! ¡Y ahora quiere llevamos a Wreegl, pretende que todos nosotros seamos aniquilados!
- ¿Cómo puedes ser tan injusta, Deane? Cameron se ha reservado siempre los trabajos más comprometidos y los turnos más largos... En cuanto a lo de Ted Johnson, su desgracia sólo puede ser achacada a la fatalidad: el radar se descompuso en el momento en que atravesábamos una zona peligrosa. ¿Cómo puedes acusar al comandante, decir que él es culpable? — me defendió Jessie, con ardor.
- ¡Le odio, le odio! ¡Y no descansaré hasta matarle! —insistió Deane Sullivan, tenaz.

La observé con atención.

Sus pupilas estaban dilatadas exageradamente, y sus manos temblaban.

Se había drogado, o eso parecía al menos.

Y seguía pronunciando tan fuertes y salvajes insultos, que palidecí.

No quedaba otra solución que hacer venir al doctor Madison. Me disgustaba tener que molestarle, puesto que el médico estaría ya entregado al descanso, pero, ¿qué podíamos hacer nosotros con la violenta Deane Sullivan, que se debatía en un agudo ataque de nervios?

Establecí contacto con él, a través de mi intercomunicador de muñeca, y le di cuenta de la situación.

Madison llegó dos minutos después. Miró a Deane y a Jessie, vio

los humeantes impactos del fusil electrónico en el lecho, la mesilla y el suelo, y comprendió la situación.

- Entró en mi cabina, cuando me encontraba en la cama, y comenzó a disparar contra mí, sin previo aviso — le dije, señalando a Deane —. Creo que está drogada.

Madison la observó con lentitud y asintió:

- En efecto. Ignoro cómo ha conseguido procurarse la droga, pero ésos son precisamente sus síntomas. No tiene importancia: le suministraré un sedante, y mañana estará bien — dijo.

Sacó del bolsillo un estuche, rompió una ampolla y... rápida y fácilmente inyectó su contenido en el brazo de la mujer.

El sedante debía ser de efecto instantáneo, porque Deane puso sus ojos en blanco e inmediatamente sus rodillas se doblaron, y su cuerpo quedó relajado, laso.

Como Jessie era incapaz de sostener el cuerpo exánime, Madison tomó a Deane por la cintura, y la sostuvo sin dificultad.

- Ayúdeme, comandante — pidió—. La llevaremos a la enfermería.

Entre los dos, sacamos a la joven al pasillo, y la llevamos en volandas hasta la próxima enfermería.

Madison me indicó una cama, donde la tendimos. Inmediatamente, el médico le tomó el pulso y la reconoció con el estetoscopio.

- No hay peligro — dijo —. Espero que mañana se encuentre bien. De todas formas, la mantendré hospitalizada durante dos o tres días para observar su evolución.
- Ella... Deane, parecía fuera de sí. Dijo que yo era el responsable de la muerte y desaparición de Ted Johnson, e incluso me acusó de que yo quería aniquilarlos a todos. Se refería al descenso sobre Wreegl. Por un momento, me pareció poseída por el diablo o... rematadamente loca. A propósito de ello, ¿cree que Don Hacker se encontraba en su sano juicio? — quise saber.

El médico me dirigió una lenta y profunda mirada.

- Vamos, comandante — me reconvino—. Usted sabe que todos los tripulantes de las astronaves sufrimos serios chequeos médicos, antes de ser admitidos. Claro que no estaba loco. Si quiere saber lo que pienso...
- Me gustaría mucho conocer su opinión, doctor — rogué.
- Pues bien, creo que Hacker fue víctima del síndrome del... miedo. Sentía pavor ante la idea de poner su pie en el Planeta de los Cíclopes Rojos, si quiere saberlo. El vino a verme, y me habló de ello. Ya traté de calmarle, pero su pánico era tan intenso que nada positivo conseguí. Es decir, Hacker se hizo morder por una *siff*, antes que oponerse al horror que le aguardaba en Wreegl.
- ¡Eso es absurdo!—me impacienté—. Hacker no tenía por qué abandonar el seguro cobijo de la nave. En cualquier caso, quien permanezca dentro, estará a salvo de cualquier riesgo. Dígame una cosa, Madison: ¿ también usted cree esas historias de los gigantescos caníbales rojos? — le pregunté.

El médico titubeó.

- No sé — respondió, al cabo —. En cualquier caso debemos admitir que el planeta Wreegl no está explorado. Por otra parte, todos hablan de los cíclopes rojos, devoradores de hombres... Mire, comandante: en todas las fábulas, por increíbles que pudieran parecemos, yace siempre un fondo de verdad, de realidad. Responda usted ahora... ¿antes de conocer Tildrich, podía imaginarse animales tan corpulentos, espeluznantes y peligrosos como los *siffs, gozls, draks,* lobos *gleenx* y todos esos bichos que llevamos a bordo?

Tuve que reconocer que jamás había imaginado animales de aquellas impresionantes características.

- ¿Lo ve? Usted no conoce Wreegl, puesto que es la primera vez que hace esta ruta. Si baja, ¿quién podría asegurar que no tenga que enfrentarse a los terribles secretos que guarda ese mundo?
- Es cierto — admití—. Jamás puse mi pie en Wreegl. ¿Conoce usted el planeta, doctor?
- No — negó —. Ni deseo conocerlo, se lo aseguro.
- En tal caso, su opinión...
- ...Es que no debemos bajar a Wreegl — respondió sin dar tiempo a que yo terminase de hablar. Se pasó una mano por la sudorosa frente, y añadió —: Mire, Cam: yo soy un hombre de ciencia, y debería encontrar una explicación razonable que

completase mi opinión, descartado el puro y simple miedo, que siempre es un argumento de por sí. Pero présteme atención: desde que empezamos a aproximarnos al Planeta de los Cíclopes Rojos, han comenzado a ocurrir fenómenos anormales: Farmer fue herido por un *gozl* que se escapó de su jaula, sin que nadie pueda explicárselo; Hacker se suicidó, en extrañas circunstancias y, poco después, Deane Sullivan penetra en su propia cabina, y dispara, enloquecida, tratando de asesinarle a usted... Créame, comandante: algo maléfico y sutil pesa sobre todos nosotros, desde que el RAPID-003 penetró en el área de influencia de ese maldito planeta. Yo, que usted, alteraría ahora mismo el rumbo, y me alejaría cuanto antes del Planeta de los Cíclopes Rojos.

Me froté los ojos, que me escocían mucho, debido a la prolongada vigilia.

- Pero, ¿no lo comprende, Madison? No es posible continuar con el generador principal averiado. Todos los servicios de a bordo dependen de la corriente que genera esa máquina — le dije—. No nos queda otra salida: es preciso reparar la avería en seguida.
- Quiere decir que sigue adelante en su proyecto de aterrizar en Wreegl...
- Sí. No podemos hacer otra cosa — respondí.
- En tal caso, suya será toda la responsabilidad acerca de lo que pueda ocurrir allá abajo.
- Lo sé — respondí, irritado —. Buenas noches.

Abandoné la enfermería, y volví a mi cabina.

Jessie se afanaba en cambiar la ropa de mi lecho,

y poner un poco de orden en aquel desastre.

La besé ligeramente en los labios, le di las gracias y la empujé hacia la puerta:

- Vete ahora — añadí —. Necesito descansar.

Inmediatamente cerré, me dejé caer sobre la cama,

y me prometí a mí mismo que la próxima vez que destellase aquella luz azulada, anunciando una visita, me preocuparía de averiguar — a través del circuito cerrado de televisión — si mi visitante portaba uno de aquellos mortíferos fusiles electrónicos.

CAPITULO IV

Durante toda la noche, fui víctima de espeluznantes pesadillas.

Tan pronto soñaba que un enorme *gozl* desgarraba mi garganta, como me veía perseguido por una muchedumbre de hambrientos caníbales rojos...

Nunca he sido excesivamente impresionable, sino más bien un individuo frío y cerebral. Sin embargo, era evidente que el curso de los dramáticos acontecimientos recientes había influido en mis nervios negativamente.

De todas formas, no tuve posibilidad de gozar de un largo y reparador descanso.

Un persistente e irritante zumbido de mi intercomunicado! me despertó.

- ¿Comandante? — reconocí la voz de Mark Smith—. Son las seis veinticinco, hora de Wreegl. Hace una media hora que el RAPID-003 órbita alrededor del planeta.
- Voy para allá — respondí.

Salté de la cama, y me metí debajo el chorro helado de la ducha. Un momento después me sentía completamente despejado.

Me vestí rápidamente y salí. Incluso tuve la precaución de cerrar la puerta de mi cabina con el excitador de impulsos electrónicos, cosa que muy raras veces solía hacer.

En la cabina de navegación, Mark me miró Con cara de sueño. Me sentí tentado de enviarle a la cama, pero en aquellos momentos era más aconsejable conservarle a mi lado, por si surgía alguna dificultad.

Mark me tendió una nota, con las mediciones técnicas que había realizado el cerebro electrónico, acerca de la atmósfera y la gravedad del Planeta de los Cíclopes Rojos.

La atmósfera era rica en oxígeno, gracias a su exuberante vegetación, y carecía de gases tóxicos, lo cual nos permitiría abandonar el RAPLD-003, sin llevar equipos de respiración autónoma.

Por el contrario, la gravedad en la superficie de Wreegl era 1/5 la de la Tierra, lo cual suponía un considerable obstáculo.

Pulsé unos botones, leí los datos de la memoria de control sobre las últimas horas de navegación, y dije, a través de mi intercomunicador:

- ¡Atención, todos los tripulantes! Estamos volando en órbita sobre el planeta Wreegl, y nos disponemos a descender. Tomen todas las precauciones pertinentes. Dentro de dos minutos exactamente, iniciaremos la maniobra. ¡Atención...!

En aquel momento, el doctor Madison pidió permiso para entrar a la cabina de mando.

Abrí, y el médico vino hacia mí.

- He consultado la biblioteca, y tengo algunos datos sobre Wreegl, ya que parece dispuesto a descender — dijo.
- Muy bien — sonreí —. Tal vez nos sean de utilidad.
- ¿Qué lugar ha escogido para el aterrizaje? — preguntó con cierta ansiedad.
- El cinturón ecuatorial — respondí. Aunque atendía a Madison, estaba pendiente del cronómetro del panel, en cuyo tiempo restaban noventa y siete segundos para el descenso.

—. ¿Cómo? — gritó Madison—. ¡No puede llevar a cabo esa locura! ¡Lo he consultado...! En el ecuador, la temperatura alcanza hasta sesenta grados centígrados a la sombra... ¡Nos derretiríamos!

El cronómetro indicaba que faltaban setenta segundos para la operación de descenso.

- Nada de eso — dije—. Trabajaremos por la noche. Ya lo he tenido en cuenta.
- ¡Por la noche! —exclamó el doctor—. En medio de las tinieblas, los mecánicos estarán expuestos a todas las asechanzas. Todavía no tenemos pruebas, pero, ¿y si en verdad existiesen los gigantescos antropófagos?
- Vamos, vamos, Madison. Será mejor que se siente y se ponga el cinturón. Estamos bajo la influencia gravitatoria de Wreegl — le advertí, pues el cronómetro indicaba que apenas faltaban cincuenta segundos.
- ¡Al diablo con la gravedad! —dijo—. Creo que es más trascendente impedir que cometa un error tremendo.
- Cálmese. No hay tal error. El RAPID-003 dispone de deslumbrantes focos, detrás de los cuales apostaré vigilantes, armados de armas paralizantes. Los mecánicos trabajarán perfectamente protegidos. Por otra parte... Si he escogido para el aterrizaje el cinturón ecuatorial, se debe a que en el ecuador existen amplias zonas desprovistas de vegetación. Descenderemos, pues, en un extenso llano, lo cual nos permitirá vigilar una gran zona, y prever cualquier riesgo.

Mis razones no tenían resquicio, por lo que el doctor Madison se dio por vencido.

- Está bien, tal vez tenga razón — dijo, con un suspiro —. Ojalá todo resulte bien.
- ¡Atención! —advertí a la tripulación—. Dentro de diez segundos, abandonaremos nuestra órbita e iniciaremos el descenso. ¡Atención!

Miré a Mark, y puse en marcha los retrocohetes. Se produjo una leve vibración, y la proa del RAPID-003 se inclinó veinte grados hacia la superficie de Wreegl.

Madison salió despedido hacia atrás, voló por un instante en el aire, golpeó contra el panel metálico, y cayó a tierra, exhalando un gemido.

Sonreí. Se lo había advertido...

Empecé a preocuparme cuando los termómetros que medían la temperatura del fuselaje indicaron mil cien grados.

La excesiva temperatura era explicable: al no disponer del fluido eléctrico del generador principal, los climatizadores trabajaban a bajo rendimiento, y no podían compensar el sobreexceso de calor exterior por rozamiento con la atmósfera del Planeta de los Cíclopes Rojos.

Pronto mi cuerpo entero comenzó a exudar tan copiosamente, que mi ropa interior quedó completamente empapada.

También Mark Smith sudaba a chorro. Sus facciones tenían una coloración terrosa, y parecía a punto de

desmayarse.

- ¡Vamos, Mark!—intenté distraerle—. No te desmayes ahora... ¿Es que vas a faltar a nuestra cita con los Cíclopes Rojos?

Sonrió débilmente, su cuerpo se venció hacia adelante, y su cabeza golpeó sin violencia sobre el panel de instrumentos... ¡acababa de desvanecerse!

Por un instante, temí que a mí me ocurriera algo parecido. En tal caso, el RAPID-003 se estrellaría irremisiblemente sobre la superficie de Wreegl, a más de cinco mil kilómetros por hora.

Alcé la cabeza y respiré hondo.

- No, no voy a desmayarme — me dije, para convencerme a mí mismo.

Giré la cabeza, y comprobé que el doctor Madison yacía en el suelo. Atontado, pero consciente.

La astronave descendía vertiginosamente a poco más de seis mil kilómetros por hora.

El altímetro iba marcando sin cesar: ochenta mil, setenta mil, sesenta mil metros...

A través del visor, podía distinguir las manchas verdosas de los bosques y el tono pardo de las elevadas cordilleras que recorrían de forma caprichosa el llamado Planeta de los Cíclopes Rojos.

Entre tanto, Mark Smith seguía inmóvil, desvanecido; de bruces sobre el panel de instrumentos.

Cincuenta, cuarenta mil metros, treinta mil...

El RAPID-003 sobrevolaba majestuosamente un gran océano.

Más allá, en el confín del horizonte, se insinuaba una mancha blanquecina... ¡el ecuador de Wreegl!

Veinte mil, quince mil metros...

El doctor Madison hacía tremendos esfuerzos para ponerse en pie, pero la enorme deceleración de la astronave le aplastaba prácticamente contra el panel metálico de la cabina de navegación.

- ¡No se mueva! —grité—. ¡Está gastando inútilmente sus energías! Quédese inmóvil, tiéndase a lo largo de la pared.

Pero no debió oírme porque, de reojo, pude ver que insistía una vez y otra, en sus inútiles movimientos.

Su rostro estaba sin color, y la sangre se le agolpaba en la nuca, con evidente peligro de sufrir una accidental congestión.

- En .fin — suspiré—. Sólo serán dos o tres minutos.

El RAPID-003 había descendido ya a ocho mil metros.

Entonces bajé hasta cinco mil, sobre las aguas del

océano, y la temperatura marcada por los termómetros descendió hasta poco más de ochocientos grados centígrados en el fuselaje.

En el interior de la cabina de mando, la temperatura no era inferior a los sesenta y dos grados, sin embargo.

La mancha azul del océano desapareció bruscamente bajo la astronave.

Ahora volábamos sobre zonas verdes y blancas, alternativamente. Es decir, bosques y arenales de la zona tórrida.

A cuatro mil metros de altura, maniobré en los timones, y el RAPID-003 se elevó vertiginosamente hasta veinte mil metros, absorbiendo casi todo el empuje.

Era el momento de aterrizar. Puse en marcha los retrocochetes, la nave se balanceó con fuerza, y comenzó a descender a poco más de cien kilómetros por hora.

La zona elegida era ideal: el centro de un dilatado arenal de unos diez kilómetros de diámetro, limitado por bosques al Este y Oeste, con un gran lago bordeando el extremo más meridional.

A seiscientos metros de la superficie, los retrocohetes elevaron enormes nubes de arena blanca.

Aumenté la potencia de los cohetes de freno y… el RAPID-003 se posó suavemente sobre la arena.

Corté el encendido de cohetes y dejé escapar un profundo suspiro: estábamos en el Planeta de los Cíclopes Rojos.

Pero el arenal estaba desierto en todo lo que abarcaba la vista, pues las cámaras de televisión me traían impresiones simultáneas de los cuatro puntos cardinales.

— Cíclopes Rojos… — murmuré entre dientes —. ¡Pfsss…!

Detrás de mí, Keneth Madison permanecía en el suelo, y estaba arrojando sangre a través de los ojos.

CAPITULO V

Era un mundo bellísimo.

Un sol esplendente, de dorado brillo cegador, acababa de alzarse tras la línea del horizonte.

El aire era límpido y azul, sin una sola nube. A derecha e izquierda se alzaban las densas murallas verdes de la jungla, y al norte se elevaba una aguja pétrea, de una altura no inferior a los mil metros.

El sol se reflejaba en el lago e inundaba la cabina de navegación de resplandores anaranjados.

Los termómetros que medían la temperatura del fuselaje descendían rápidamente: cuatrocientos, trescientos grados...

Me puse en comunicación con el ingeniero de telecomunicaciones, Ketchum, y le indiqué que debía hacer llegar las imágenes del Planeta de los Cíclopes Rojos a todas las secciones de la astronave.

Esperaba que la visión de aquel idílico paisaje solitario calmase un poco los nervios de todos los tripulantes.

Mientras Ketchum cumplía mi orden, hablé a la tripulación:

- ¡Atención! Hemos tomado tierra, sin novedad. Por ahora, todo marcha O.K. Como pueden advertir, no existe el menor peligro a la vista.

Abandoné mi puesto, y me incliné para ayudar al médico, que rezongaba en el suelo.

-

- Vamos, vamos, doctor: no es nada. Vamos, le lie

varé a la enfermería para que pueda descansar — le dije.

Madison era corpulento, y me costó bastante ponerlo en pie y arrastrarlo hasta la enfermería.

Por fortuna, Jessie estaba en el pasillo, acompañada por una enfermera, y entre ambas mujeres me ayudaron a acomodarlo sobre una cama.

Mientras la enfermera atendía a Madison, dirigí un vistazo a la habitación ocupada por Deane Sullivan.

La joven permanecía absolutamente inmóvil sobre el lecho. Su rostro aparecía palidísimo, sin color.

- Se diría que está muerta — pensé, aterrado.

Tomé su pulso. Latía débilmente, pero estaba viva, ,

por fortuna.

Permanecí allí unos minutos, y luego volví a la cabina de navegación.

Mark Smith había vuelto en sí y contemplaba, pasmado de asombro, el dorado lago, a unos siete kilómetros de distancia.

- ¡Es... es maravilloso! —exclamó.
- Sí — afirmé —. No soy capaz de concebir que, en un mundo tan bello, se oculten seres horribles... Pero será mejor que vayas a descansar. ¿Te sientes bien? Quizá sería conveniente que te hicieran un reconocimiento en la enfermería...
- ¡No, no! — protestó—. Estoy bien. Fue el calor lo que

provocó mi desmayo, pero ahora me encuentro bien.

- En tal caso, vete a descansar—insistí—. No podemos calcular aún el tiempo que nos llevará reparar las averías, pero es mejor que te encuentres descansado, cuando te necesite.

Asintió y se marchó.

Entre tanto, me puse en comunicación con Tom Deacon, y le hice venir a la cabina de mando.

- Seleccione dos brigadas de trabajadores, entre sus mecánicos — le indiqué, cuando estuvo en mi presencia—. Las brigadas se turnarán en el trabajo, con el fin de subsanar las averías en el plazo de tiempo más corto posible. Usted y yo bajaremos a tierra dentro de unos veinte minutos para comprobar el alcance de los desperfectos.

Deacon movió la cabeza, escéptico.

- Puede contar conmigo, comandante — respondió —. Pero dudo mucho que los mecánicos se presten a trabajar en el exterior. Están aterrados.

Me irrité.

- Escuche, Deacon: yo he tenido que enfrentarme al pánico muchas veces, a lo largo de mi vida. Y ellos tendrán que hacer otro tanto, mal que les pese. Hágales comprender que de ellos depende que el RAPID-003 levante el vuelo en pocas horas. De todas formas... espero que la razón se imponga, cuando pasen unas horas y comprueben, por sí mismos, que no existe el menor peligro.
- En tal caso, lo mejor sería que nosotros diéramos ejemplo. Si ven que pisamos la superficie de Wreegl y volvemos sin novedad, tomarán ánimos y cumplirán con su trabajo — propuso.
- Me parece sensato — accedí —. Pongámonos en acción.

Encargué a Bert Ruseel que tomara el mando de la astronave, en nuestra ausencia.

Vestidos con equipos apropiados para evitar las quemaduras solares y proteger nuestros ojos, Deacon y yo penetramos en la cámara de despresurización.

Se oyó el silbido del aire comprimido, y luego se abrió la

compuerta que comunicaba con el exterior.

Mientras una escalera articulada se extendía hasta el suelo, contemplamos con enorme curiosidad la superficie de Wreegl.

La blanca arena se extendía, lisa y brillante, hacia los límites del bosque. Algunos trozos de cuarzo brillaban como gemas de variados colores en la lejanía.

Llevábamos fusiles paralizantes, y ningún peligro había a la vista.

- Vamos — dije. Y comencé a descender la escalera.

A aquellas tempranas horas de la mañana, la temperatura era muy fresca y agradable.

El aire era tan rico en oxígeno, que pronto nos sentimos embargados por la euforia.

Pensé que, en otras condiciones, esa especie de borrachera que produce la abundancia de oxígeno podía resultar perjudicial, pues suele llevar consigo una falsa sensación de seguridad y fortaleza, pero en las actuales circunstancias, una inyección de optimismo vendría bien a los aterrados tripulantes del RAPID-003.

Deacon y yo caminamos hacia proa lentamente, notando que nuestras botas se hundían sordamente en la blanda arena.

Se notaba en seguida la superior fuerza de gravedad de aquel planeta, los movimientos eran más lentos y pesados, y la fatiga acudía, veloz

A unos treinta metros de distancia, observamos el efecto de la lluvia de aerolitos: dos grandes agujeros en el fuselaje, una cámara de televisión destrozada, y numerosas señales de pequeños impactos sobre toda la proa de la astronave.

Reparar el fuselaje sería sencillo. Lo más arduo sería desmontar el generador principal, y cambiar los elementos destrozados por el impacto.

Deacon fue anotando todos los desperfectos, y calculó el material y los hombres necesarios para llevar a cabo la operación.

— Creo que bastará con seis u ocho horas de trabajo intenso —

resumió su informe.

Dimos una vuelta alrededor del enorme RAPID-003, que fulgía al sol como un dardo de plata. Procurábamos siempre aparecer ante las cámaras de televisión, con el fin de que los tripulantes pudieran vernos claramente, y observaran que reíamos y bromeábamos, de excelente humor.

Nos encontrábamos a popa, cuando escuchamos aquel alarido.

Los dos nos volvimos, al tiempo, de sendos respingos.

Deane Sullivan, semidesnuda, estaba en la escalera.

Entonces saltó a tierra y se incorporó.

Llevaba una carabina electrónica entre las manos, y sus facciones, pálidas, estaban alteradas en un rictus salvaje.

Comprendí que iba a disparar, y grité a Deacon:

- ¡Al suelo, al suelo!

Acabábamos de lanzarnos de bruces a tierra, cuando brotó el dardo rojizo.

Una barra de sustentación del tren de aterrizaje — de quince centímetros de grosor — quedó cortada limpiamente, tras brotar un fulgor azulado.

- ¡Dios santo!—murmuré—. ¿Quién habrá sido el loco que ha dejado suelta a Deane...?

La arena penetró en mi boca, mi nariz y mis oídos.

Me inmovilicé, frente a tierra, alcé mi fusil y apreté el gatillo. No había otra solución: era preciso detener a Deane, antes de que los rayos de su temible carabina nos alcanzasen.

Pero el disparo no brotó del cañón de mi arma.

A pocos metros de distancia, Deacon intentó otro tanto... con el mismo resultado: alguien había descargado nuestros fusiles paralizantes.

Bajo la panza del RAPID-003, Deane se arrastraba penosamente, buscándonos.

0, mejor dicho, sólo me buscaba a mí, según comprobaría poco después.

Durante dos segundos, sus ojos brillantes se cruzaron con los míos. Vi que alzaba su carabina, y le, arrojé mi fusil, en un último gesto de desesperación.

El arma la golpeó en las rodillas, y aquello me salvó, porque erró el disparo: el rayo fundió la arena, en un círculo de treinta centímetros de diámetro, apenas a un paso de distancia de mi cabeza.

Entonces me puse en pie, y eché a correr locamente. Avanzaba en zigzag, para dificultar su puntería, pero yo estaba seguro de una cosa: finalmente, uno de sus disparos me alcanzaría.

Dos fogonazos que expandían abrasadoras ondas de calor hicieron impacto en la arena, a mi izquierda y a mi derecha.

Miré hacia atrás. Deane había rebasado a Deacon — por el que no demostraba el menor interés— y venía en pos de mí, como una furia, con los rubios cabellos al viento, y una expresión fanática en su rostro desencajado.

Me sentía fatigado, incapaz de continuar corriendo. Entonces tropecé y caí.

Jadeaba estertorosamente, y esperaba el tiro de gracia, cuando escuché el gemido de Deane.

Me volví.

Deacon acababa de saltar sobre ella, la derribaba y le arrebataba la carabina, de un fuerte tirón.

Un suspiro profundo se escapó de mis labios.

- ¡Al fin! —murmuré, estremeciéndome—. ¡Esa maldita loca...!

Me puse en pie con dificultad, v volví sobre mis pasos.

Deacon y la mujer forcejeaban violentamente, sobre la arena. En la refriega, ella debió morder al jefe de mecánicos, porque pude percibir claramente el grito de dolor de Tom.

Aprovechando el momento, Deane se puso en pie y corrió cuanto pudo, alejándose de la astronave.

Por mi parte, más que correr me arrastré para auxiliar a Deacon, que yacía sobre la arena.

Tenía una oreja desgarrada, a través de la cual sangraba abundantemente.

Me incliné sobre él y, como pude, le vendé la herida hasta cortar la hemorragia.

Para entonces, Deane se había alejado más de un kilómetro, y seguía corriendo hacia el borde del bosque, a unos cuatro kilómetros de distancia.

- ¡Vuelve, vuelve! ¡No seas loca! — grité, con todas mis fuerzas.

También Deacon, que se había levantado del suelo, unió sus gritos a los míos.

Pero todo era inútil: enloquecida, Deane se alejaba más y más. A veces tropezaba, caía y quedaba inmóvil durante unos minutos, quizá recuperando la respiración, pero al final se erguía y continuaba, tambaleante, la huida.

Utilicé el intercomunicador de pulsera, y ordené a Ruseel que descendieran inmediatamente un vehículo eléctrico.

Tomé mis prismáticos, y seguí la loca fuga de Deane.

Algo se movió entonces en los linderos del bosque.

Gradué los prismáticos para obtener una visión más precisa y... temblé al descubrir las altas siluetas rojas.

Tenían un aspecto pavoroso, y eran ocho o diez individuos, el menor de los cuales mediría lo menos de cuatro metros de estatura.

Apenas podía dar crédito a lo que veían mis ojos... Pelambreras rojas e hirsutas, una especie de gorguera, formada por largas cerdas alrededor del cuello, enormes brazos, poderosas piernas peludas...

Deacon, que debía estar observando mi expresión, me arrebató de improviso los prismáticos, y miró a través del aparato, con enorme ansiedad.

Un gemido brotó de su garganta, y noté que palidecía en seguida.

- ¡Dios santo! —murmuró—. ¡Es horrible...!

Bruscamente, pulsé mi intercomunicador.

- ¡Ruseel, Ruseel...! —grité—. ¿Cuándo diablos vais a bajar el *trans*?
- Es inútil, Cam — vibraron las palabras de Bert —.

Todos han visto ya lo mismo que vosotros estáis contemplando. ¡Estamos aterrados! Ninguno ha querido

obedecer mis órdenes...

- ¡Estáis locos! ¡Hay que rescatar a Deane, antes de que sea demasiado tarde! — insistí.
- *Ya es demasiado tarde* — respondió Ruseel, dramáticamente.

De un tirón, arrebaté los prismáticos de las manos de Tom, y miré.

Deane se había detenido a mil quinientos metros del bosque.

Probablemente, el terror la inmovilizaba.

Entonces alcé los prismáticos y los vi.

¡Los Cíclopes Rojos galopaban grotescamente hacia la indefensa Deane Sullivan...!

CAPITULO VI

La nave estaba en silencio.

Paradas las máquinas, *ocultos los* tripulantes en sus cabinas, hasta mis oídos no llegaba el menor rumor.

Por mi parte, estaba a punto de dejarme sumir en la desesperación.

Obsesivamente, volvía a recordar, una y otra vez, lo ocurrido en los linderos del bosque.

Aquella tropa de gigantescos diablos rojos, galopaba, con sordo rumor, sobre el arenal.

Al fin, Deane había reaccionado. No pude escuchar sus gritos, pero sí vi entreabrirse sus labios, en un alarido de intenso pánico.

Había echado a correr, en dirección al RAPID-003. Pero ya no tenía fuerzas para continuar.

Finalmente cayó y quedó inmóvil.

Las rojas siluetas de los cíclopes se abatieron sobre ella. Unos dedos peludos, tan gruesos como mi brazo, la tomaron del suelo.

Se produjo un torbellino de brazos en torno a la pequeña silueta de Deane...

¿Se la disputaban aquellas bestias...?

Su rubia cabellera ondeaba sobre el mar de penachos rojizos.

Luego, los Cíclopes se volvieron, peleando entre sí, hacia el bosque.

Yo me incliné, tomé la carabina electrónica y comencé a disparar como un loco. Pero la distancia era excesiva para el alcance limitado de la carabina, y mi gesto resultó inútil.

Habíamos subido a la astronave, locos de pesar, dominados por sentimientos tan dispares como el miedo y la rabia más honda.

Nada más subir a bordo del RAPID-003, un grupo de tripulantes me había atacado a golpes, a patadas... salvajemente.

Era evidente que hubieran conseguido lincharme, de no haber mediado la decidida intervención de Tom Deacon, que les obligó a retroceder, bajo la amenaza de la carabina electrónica con que les encañonó.

De todas formas, en unos pocos minutos, mi rostro había quedado deformado por los puñetazos, y todo mi cuerpo, dolorido y contuso.

Manteniéndolos bajo la amenaza de la carabina, Tom me empujó pasillo adelante hasta alcanzar el seguro refugio de la cabina de mando.

Jessie vino a verme en seguida, acompañada del doctor Madison.

Al ver mis ojos casi cerrados por la hinchazón, y mis labios partidos, Jessie rompió a llorar.

- ¡Es... horrible, Cam, verdaderamente horrible! — gimió.

Pero Madison me contemplaba fríamente, sin chispa de compasión.

- Todo esto pudo haberse evitado si usted, comandante, hubiera atendido mis consejos. Pero cerró sus oídos a todas las razones y... ahí tiene las consecuencias — dijo.

Me erguí, orgulloso,

- No me arrepiento de ninguna de mis decisiones, doctor Madison — respondí —. Hice lo que tenía que hacer. Y estoy seguro de que todo hubiera ido bien, si alguien no hubiera descuidado la vigilancia de Deane Sullivan.

El médico sonrió, cínico.

- Usted debe conocer la respuesta. Deane le acusaba a usted de la muerte de Ted Johnson, de quien estaba enamorada. Por otra parte, sus nervios se habían desbocado, de puro terror... ¿Va a seguir acusándome a mí? — exclamó en voz alta.
- ¡Por favor, por favor! —sollozó Jessie, que se esforzaba en restañar las heridas de mi rostro—. Deje de atormentar a Cameron. ¡Se lo suplico, doctor!

Aparté su mano, sin violencia, para mirar a Madison.

- Sus palabras no me atormentan, Jessie. Todos saben que no soy responsable de la muerte de Johnson... Lo que más me preocupa es algo diferente: ¿cómo pudo escapar Deane de la enfermería, y llegar a la cámara de despresurización? —pregunté.
- Yo puedo responder a esa cuestión, comandante —puntualizó Madison, con frialdad —. Estaba descansando en el lecho, cuando la enfermera gritó... Deane debió despertar, y sus nervios se desataron. Golpeó a Helen Haffer.. Le hundió el parietal derecho de un solo golpe, ¿comprende? Y huyó. Yo estaba desnudo, y tardé unos cuantos minutos en vestirme. Cuando salí, Deane había escapado...
- Pero, por segunda vez en menos de veinticuatro horas, Deane consiguió apoderarse de una carabina electrónica— argüí —. ¿Quién podría explicarlo?

Madison esbozó un amplio gesto de su mano derecha.

- No lo sé... ¿qué quiere que le diga? — respondió, encogiéndose de hombros —. Usted tiene un intendente, el oficial Harold McCoy, ¿ no? McCoy es el responsable de las armas: él podrá explicárselo, probablemente.

Jessie me dirigió una insistente mirada.

- Creo que... el doctor Madison tiene razón, Cam... La tragedia que nos aflige se produjo de forma fortuita. Deane era la ayudante de Harold McCoy... Seguramente, la locura la impulsó a conseguir un arma de... alguna forma que ni yo misma puedo imaginar ahora...

Apoyé la sien sobre el respaldo de mi asiento, porque me sentía profundamente fatigado y confuso.

- Harold McCoy — llamé a través del intercomunicador —. Preséntese en la cabina de mando.

Harold McCoy tenía cincuenta y dos años, y era el mayor de los tripulantes del RAPID-003.

Compareció en la cabina, poco después. No parecía muy comunicativo, pero me dijo todo lo que yo deseaba saber.

- Sí, Deane Sullivan tenía acceso a los almacenes y al depósito de armamento. Era una mujer muy trabajadora y eficiente, y se merecía mi confianza. ¿Que manipuló algunos

fusiles paralizantes, y se apoderó de una carabina electrónica...? No lo entiendo, comandante, pero Deane comenzó a mostrar una conducta extraña, a partir del momento en que desapareció Ted Johnson. Eso es todo lo que tengo que decir.

Yo había escuchado con toda atención a McCoy. Le consideraba un profesional honrado y responsable, a pesar de lo cual dije:

- Continuará siendo el intendente del RAPID-003, pero, dada la especial situación que atravesamos, tendremos que alterar las cifras del depósito de armamento. Crea que esta medida no va contra usted, McCoy. Todo lo contrario: tiende a dejarle a salvo de cualquier responsabilidad — le expliqué.
- Usted es el comandante. Tiene toda la autoridad — respondió McCoy, inmutable—. ¿Puedo marcharme?
- Sí — respondí.

Jessie y Madison me miraron con reproche.

Yo podía comprender sus sentimientos: McCoy era toda una institución en los viajes espaciales, aquél era su último viaje antes de jubilarse, y yo me había comportado con él de forma excesivamente rígida. Posiblemente, McCoy no me lo perdonaría jamás..., pero yo había decidido llevar a cabo una personal forma de actuación a bordo del RAPID-003, y no me apartaría un milímetro del camino a seguir.

Una vez hubo salido McCoy, Jessie, el doctor Madison y yo quedamos en silencio.

- Confiese que se ha equivocado, comandante — dijo el médico, luego—. Es usted muy joven e incrédulo. Supongo que siempre ha seguido a rajatabla los prácticos dictados de su mente, ¿verdad? Posee una especie de regla mental, por la que mide todos sus cálculos. Pero ahora tendrá que convenir que el planeta Wreegl ha superado todas sus previsiones... Las «fábulas» decían que sobre este planeta existían unos raros cíclopes rojos, capaces de devorar a individuos de nuestra especie. Usted se encerró en su terca obcecación, y negó toda evidencia. Por desgracia, ha podido comprobar con sus propios ojos que estaba equivocado. Y su equivocación nos llevará a la muerte a todos.

Apoyé mis dedos sobre los hinchados párpados, reflexioné... ¡Qué amarga era la derrota!

Resultaba que Kenneth Madison tenía razón, que el responsable

de las muertes que se habían producido hasta entonces a bordo del RAPID-003 sólo era yo.

Por si no era suficiente con las palabras del médico, Jessie habló entonces:

- Creo que el doctor Madison tiene razón, Cameron. Desde el momento en que nos aproximamos a este planeta, la desgracia se abatió sobre nosotros... Johnson, Hacker, Farmer, Sullivan, Haffner... Dos hombres y tres mujeres han muerto... Lo siento, Cam, pero mi opinión es que Wreegl nos ha traído mala suerte.

Me incorporé bruscamente.

- ¡Quizá no todo sea mala suerte! — grité, fuera de mí.
- Cálmese — rogó Madison, con suavidad —. Comprendo que sus nervios estén a flor de piel... Por otra parte, ya no podemos rectificar: es preciso reparar las averías. Pero usted no está en condiciones de seguir comandando esta astronave, Cam. Debe descansar, recuperar su equilibrio emocional.. ¿Por qué no confía en nosotros? John Ketchum, Bert Ruseel y yo mismo, con la ayuda de Jessie, podríamos llevar a cabo las operaciones de las averías... Reflexione — propuso—. Sólo hombres como Ruseel y Ketchum serían capaces de cumplir con su deber. En cuanto a mí..., ya sabe que poseo prestigio suficiente. Estoy seguro de que convenceríamos a todos de que la única vía para abandonar este fatídico planeta es reparar las averías cuanto antes.

Era una proposición muy razonable. Yo sólo tenía que tenderme sobre mi cama y... esperar a que los demás solucionaran los problemas por mí.

- Es muy generoso por su parte, doctor — agradecí—. Pero aún me siento con fuerzas suficientes para continuar al mando del RAPID-003. Sin embargo, le prometo que recurriré a usted, si mis recursos físicos flaquearan.
- No se trata de su resistencia física, sino... psíquica— observó Madison—. Usted ha estado sometido a tremendas tensiones nerviosas, y su salud mental pudiera resentirse, comandante.
- A pesar de ello, seguiré al frente de las operaciones — decidí.

•

CAPITULO VII

John Ketchum asintió vigorosamente.

- Estoy dispuesto, Cameron — dijo—. Te acompañaré.

Sabía que también podía contar con Tom Deacon y con Bert Ruseel. Por ello les había hecho comparecer, en secreto, en mi cabina privada.

- Sí, ¿qué podemos temer? — asintió Deacon, animoso, cuando les propuse mi plan—. Tenemos armas suficientemente potentes como para abatir a cualquier fiera.
- Más que las armas, nos servirá mantener la cabeza fría. Conservar la serenidad: creo que ése es el secreto — afirmé.

Eran las tres treinta de la tarde, según la hora solar de Wreegl, que constaba de ciento cuarenta y seis minutos más que el día en la Tierra.

La temperatura, fresca en las primeras horas de la mañana, había ascendido hasta sesenta y siete grados centígrados, al mediodía.

El tremendo calor, por una parte, y el temor, por otra, habían

empujado a hombres y mujeres al refugio de sus cabinas.

Salimos, pues, al pasillo.

Llevábamos fusiles paralizantes y carabinas electrónicas, además de un saco de provisiones.

John Ketchum se había encargado de anular las cámaras de televisión instaladas en el exterior del RAPID-003, por lo cual nadie podría observarnos desde el interior de la astronave.

Atravesamos, silenciosos, los pasillos y descendimos al hangar inferior.

Depositamos todas las armas y provisiones en el más potente de los *trans* y Deacon accionó el montacargas.

Treinta segundos después, estábamos viajando en el *trans,* sobre la arena ardiente.

Miré a través de los prismáticos. El arenal fulgía como un ascua a la luz del sol, pero no pude ver a ninguna criatura viviente en todo el espacio que abarcaba nuestra vista.

En alguna ocasión, me pareció advertir un tumultuoso movimiento en las aguas fangosas del lago situado al sur, pero me fue imposible distinguir ninguna forma animal concreta.

Deacon conducía el *trans* hacia el bosque, guiándose por las huellas que Deane Sullivan había dejado impresas en la arena.

No puedo decir que me sintiese tranquilo. Tampoco mis compañeros llevaban a cabo el viaje con sus nervios relajados. Por el contrario, todos permanecíamos en tensión, vigilantes.

Cada uno de nosotros vigilaba un punto cardinal de la extensa llanura arenosa.

Extremábamos nuestras precauciones porque los ardientes rayos solares calentaban el arenal, y el aire ascendía vertiginosamente, desdibujando caprichosamente los perfiles de las dunas y de los árboles gigantescos hacia los que nos encaminábamos.

A pesar de que protegíamos nuestras cabezas con blancos cascos de poliuretano, el calor era insoportable.

Pero el *trans* escalaba fácilmente las dunas, y sus orugas se

movían a buena velocidad hacia la masa arbórea del bosque, siempre en pos de las huellas de Deane Sullivan.

De repente, Deacon frenó el vehículo en seco.

— ¡Mirad! —exclamó.

Todos miramos en la dirección que señalaba con la mano extendida.

Vimos unas profundas huellas de unos setenta centímetros de longitud por cuarenta de anchura.

- ¡Los Cíclopes Rojos...! —exclamó Bert Ruseel, palideciendo.

Durante unos segundos, todos contemplamos, atónitos, las enormes huellas.

- Sigue adelante, Tom—ordené.

El vehículo reemprendió la marcha. Pero Bert Ruseel, que se encontraba a mi derecha, temblaba perceptiblemente.

- Recordadlo: nuestras armas pueden abatir a grandes mamíferos — dije, para animarles —. No tenemos nada que temer... a menos que nos atacasen en número desproporcionado.

Estábamos llegando a los linderos del bosque. Una muralla verde y espesa se oponía a nuestro paso. Altísimas coníferas de cincuenta metros de altura, plantas parásitas, trepadoras, y follaje exuberante formaban la verde barrera.

Como el *trans* seguía exactamente el curso de las profundas huellas, producía un cabeceo constante muy molesto. Por fortuna, Deacon tuvo el excelente acuerdo de remontar una duna y aproximarse a la jungla a través de un camino más liso.

A ochenta metros del bosque, Deacon detuvo el vehículo.

Aquél era su límite, seguramente. Su sangre fría no le permitía mayores hazañas.

- Está bien — dije. Tomé una carabina electrónica, y salté sobre la arena —, ¿Quiere seguirme alguno de vosotros?

Eché a andar decididamente hacia la jungla, guiándome por las profundas huellas marcadas en la arena.

John Ketchum saltó del *trans* y siguió en pos de mí. Luego, aunque indeciso, le imitó Ruseel, y finalmente Tom Deacon se unió a él, aunque sólo fuera por no quedarse solo a bordo del vehículo.

Al pie de la jungla, advertí que John se había detenido. Me volví y le vi cambiando impresiones en voz baja con Deacon y Ruseel.

- ¡Si seguís ahí, a pleno sol, os deshidrataréis! —les grité —. A la sombra de los árboles, resistiremos mejor.

Ketchum me dirigió una angustiosa mirada.

¿Tendría razón el doctor Madison al hacer referencia al síndrome… del pánico?

- Lo… siento, Cameron — dijo, con voz átona—. Me gustaría seguir, pero… sé que no poseo valor suficiente. Bert y Tom sienten lo mismo que yo.

Dejé escapar una carcajada.

Los tres me miraron con un gesto de estupor en sus facciones.

- ¡Qué me vais a contar! —exclamé, despojándome de mi salacot de poliuretano, adquirido en Tildrich —. También yo tengo miedo, pero… Tal vez encontremos a Deane con vida. En realidad, ninguno de nosotros la ha visto muerta, ¿no?

Golpeé con fuerza la culata de mi carabina electrónica y añadí:

- De todas formas, siempre podré contar con ésta, os lo aseguro.

Rápidamente, giré sobre mí mismo y disparé sobre un árbol gigantesco. El rayo segó espectacularmente el tronco de más de un metro de grosor, y el árbol se abatió sobre la arena, con estruendoso fragor.

En medio de la jungla, se oyó un clamor de alas y los chillidos excitados de pequeños monos rojos, que brincaron, asustados, entre las altísimas ramas.

Entonces, John Ketchum echó a correr ciegamente, y se reunió conmigo.

- Iré contigo hasta donde tú digas — murmuró,

Deacon y Ruseel apenas dudaron unos segundos. Poco

después, los cuatro nos introducíamos a través de la espesa masa verdosa.

Tom maldijo cuando pisó a una oruga tan gruesa como un brazo. Resbaló y cayó al suelo, pero fue capaz de dominar su pánico y seguir la marcha a través del tupido follaje.

Poco a poco, mis compañeros y yo fuimos tornando confianza.

Furtivas sombras se escurrían y desaparecían a nuestro paso, en la jungla verde. Un rumor de grititos, jadeos y bufidos se elevaba entre las frondas, pero lo cierto fue que caminamos durante largo rato a través de difíciles senderos, y ningún peligro nos detuvo.

El olor penetrante de la descomposición vegetal impregnaba nuestros olfatos. Nuestras botas pisaban una masa húmeda y blanda, de la cual se desprendían vapores mareantes.

De repente, un horrísono estrépito de ramas rotas nos hizo detenernos en seco.

— Suena como si una manada de elefantes se abriese camino a través de la jungla — susurró John Ketchum, que jadeaba próximo a mí.

Tenía razón. Hasta nosotros llegaba el fuerte chasquido de los troncos rotos y un rumor profundo y misterioso, semejante al producido por la honda respiración de los grandes mamíferos.

En verdad, los sonidos que llegaban hasta nosotros eran como para helar nuestra sangre en las venas.

Ketchum, Ruseel, Deacon y yo permanecíamos inmóviles tras las grandes hojas de dos metros de longitud de una frondosa papilionácea.

Lentamente, me aparté de ellos, avanzando paso a paso. Aparté con toda paciencia dos de las enormes hojas, v adelanté el cañón de mi carabina electrónica.

Una enorme masa peluda me impidió mirar.

Era una amplísima espalda antropoide, de unos tres metros de

anchura. Unos brazos de cuatro metros de longitud arrancaron una pesada piña de más de cien kilos de peso, e inmediatamente escuché un sordo gruñido de satisfacción, y el rumor de unas potentes mandíbulas troceando la jugosa pulpa.

Creo que ahora no encontraría las palabras adecuadas para expresar mi estado de ánimo de aquel momento.

Percibía los lentos y seguros movimientos del animal, podía ver su gran cabezota, de setenta centímetros de anchura, e incluso percibía el hedor que exhalaba...

No sentí miedo exactamente, sino más bien una admiración y una curiosidad sin límites.

Podía ver la gorguera de larguísimas cerdas que rodeaba el cuello de aquel ser, y el penacho de cabellos

rojos que brotaban de su frente y caían, como enmarañada pelambre acerada, a su espalda.

De repente, sentí una alegría sin límites. Aquéllos no eran seres racionales, sino *animales.*

Ni siquiera eran carnívoros. La prueba estaba a la vista: se alimentaban de frutos, de yemas tiernas y de hojas.

Cíclopes rojos, gigantescos caníbales antropófagos...

Comprendí en pocos segundos que nada hay más descabellado que la fantasía del hombre, desbocada.

Habían tomado por temibles devoradores de hombres a... unos gorilas que sesteaban al sol o se alimentaban pacíficamente entre las frondas .

De todas formas, el animal que me tapaba la visión del ancho claro entre la jungla, se recostó sobre los troncos y uno de ellos, de treinta centímetros de grosor, se rompió con un seco chasquido, lo cual me devolvió rápidamente al mundo real, dándome una idea práctica del peligro que corríamos.

Retrocedí.

Mis compañeros aguardaban, en apiñado grupo, tras un robusto tronco de dos metros de grosor.

Por un momento, estuve a punto de hablarles, de explicarles cuanto acababa de contemplar. Pero, de repente, decidí que lo mejor era que lo vieran todo.

Me reuní con ellos, observé sus facciones tirantes y... sonreí.

— Silencio — susurré —. Si habéis tenido valor para llegar hasta aquí, también lo tendréis para asistir a un espectáculo poco común.

¡Claro que tenían miedo...!

Se sentía inmensos en un mundo distinto, de proporciones desusadas, amenazador, extraño...

Pero John Ketchum se dejó llevar, y atisbo a través de las grandes hojas verdes. Como tenía apoyada una de mis manos en su espalda, advertí su instintivo movimiento de retroceso.

Pero yo oprimí sus hombros, y él resistió.

El enorme animal que nos daba la espalda se alzó entonces para alcanzar otra piña colosal, y nos permitió contemplar el claro de la jungla, en toda su dimensión.

Una manada de aquellos animales ocupaba el lugar. Los adultos se alimentaban con tremendo fragor, y sus crías—criaturas de dos metros de estatura — se revolcaban y jugaban en el centro de la explanada.

Deacon y Ruseel habían cedido, por fin, a la tentación, y contemplaban, lívidos, el gran espectáculo.

De repente, un impresionante macho se volvió hacia nosotros, y abrió sus mandíbulas.

Cuatro colmillos de medio metro de longitud destellaron al brillante sol vespertino.

Por supuesto que el colosal gorila rojo no podía vernos. Pero su impresionante demostración de poder obligó a retroceder de un salto a Bert Ruseel, que entreabrió los labios, despavorido.

Comprendí que iba a gritar su alarido de terror y, como no tenía posibilidad de impedírselo, apunté a un grueso tronco al borde del claro y disparé.

El rayo cruzó la explanada y aserró en décimas de segundo el

voluminoso tronco, expandiendo una llamarada alrededor.

La apacible escena se alteró bruscamente.

Los colosales gorilas saltaron como ballestas hacia el otro extremo del claro, destrozaron los árboles y se alejaron en pocos segundos, seguidos de sus escandalosas crías.

Un enorme boquete en la jungla señalaba su paso. Al cabo de tres minutos, la selva volvió a quedar silenciosa y tranquila.

- Esos eran los Cíclopes Rojos, los temibles devoradores de hombres... Simples gorilas, de pelaje escarlata, aunque de tamaño gigantesco, tengo que reconocerlo — dije a mis compañeros.

John Ketchum, con más presencia de ánimo susurró:

- Les he visto alimentarse a base de vegetales. A pesar de su corpulencia, parecen animales tímidos y asustadizos...

Deacon tragó saliva.

- Es cierto — logró articular —. Y ahí está lo inexplicable. ¿ Por qué, entonces, abandonaron el bosque y atacaron a Deane?

La pregunta flotó entre nosotros, sin que ninguno encontrase una respuesta suficientemente convincente.

Yo también pensaba en ello, concentraba mi mente denodadamente para encontrar una explicación satisfactoria a aquel enigma.

Las constantes que yo había observado en las reglas de la naturaleza, decían claramente que los monos jamás se alimentaban de carne, pues basan su régimen alimenticio en frutos, yemas, ramas tiernas e incluso, a veces, tubérculos y bayas. Vegetales, en resumen.

Cuando era niño, había visto a monos, orangutanes y toda clase de cuadrumanos entregarse a sus juegos en los zoológicos.

- Son animales muy inteligentes — dije, al fin, pensativo—. Tal vez... ¡Tal vez sólo pretendían jugar con Deane!

Deacon, que no se fiaba de la aparente calma de la jungla, vigilaba los alrededores, en continua tensión.

- Eso es absurdo…—dijo. Pero se interrumpió, de repente.

Tom Deacon estaba recordando lo mismo que yo: quizá veía los cabellos dorados de Deane, ondeando al viento, en un maremágnum de enormes manos peludas, que se disputaban aquel… ¿juguete?

- ¡Sí! ¡Recuérdalo! —casi grité, tomándole violentamente por un brazo—. ¿Viste en algún momento que la golpeasen, que la trataran con violencia? No, Tom: uno de ellos la llevaba en alto, como un trofeo… No sé… Quizá como un juguete. Es posible que ellos pudieran advertir que la figura de Deane era… semejante de alguna forma a la de ellos. Y… la tomaron como una muñeca.

Ketchum, considerando quizá que yo me sentía excesivamente excitado, puso una mano en mi hombro y dijo serenamente:

- Todo eso son suposiciones, Cameron. Aunque nos duela, es muy posible que esos enormes cuadrumanos hayan devorado a Deane. ¡Reflexiona! Los gorilas de

África observan una conducta, es cierto; pero… apenas conocemos los miles de mundos donde se desarrolla la vida…

Oí un lamento.

Con un gesto, impuse silencio a mis camaradas.

No pronuncié una palabra: Ruseel, Deacon y Ketchum quedaron rígidos inmediatamente.

De nuevo se dejó oír el lamento.

Una leve esperanza se encendió en mi corazón. ¡Aquel sonido…!

- Cubridme — pedí —. Pero no disparéis, sino en caso de extremo peligro. Voy a ver.

Ketchum — el más animoso de los tres — puso una mano sobre mi hombro izquierdo, y me animó con el gesto.

Aparté los tallos y lianas que impedían el paso, y avancé.

Crucé el claro, despacio, paso a paso.

Mi oído se tendía intensamente a escuchar nuevamente aquel gemido.

Y entonces lo oí.

Guiado por él, aparté unas grandes hojas pedunculadas, y vi una especie de nido formado por un junco, frutos y crines.

En el centro, boca abajo, estaba Deane Sullivan.

Me miró y murmuró:

- Ayúdeme, por caridad.

CAPITULO VIII

Una batería circular de doce grandes focos iluminaba el arenal.

La noche había llegado, rápida y húmeda A los ardores del mediodía, habían sucedido los rigores de una temperatura de doce grados bajo cero.

Los hombres que trabajaban sobre el andamio articulado, instalado a proa, dejaban escapar bocanadas de vapor, que en seguida se congelaban sobre las planchas del RAPID-003.

Eran las once veinte, hora de Wreegl.

Sólo trabajábamos en el exterior siete personas.

Ketchum, Deacon, Ruseel, McCoy, el doctor Madison, Jessie y yo.

Mis manos estaban lastimadas y llenas de suciedad, pues había comenzado a desmontar el generador a la puesta del sol, siguiendo las instrucciones de Tom Deacon, el jefe de mecánicos.

Los demás... ¿para qué decirlo? seguían escondidos en sus alojamientos, sin ánimos para respirar la fría

atmósfera de Wreegl.

Cuando volvimos del bosque, Jessie me había recibido, llorosa y emocionada.

Tuvimos una larga escena... Ella se retorcía las manos, muy nerviosa, mientras yo la contemplaba, compadecido y comprensivo.

— El temor pudo más que yo... ¡Lo lamento profundamente, Cam! ¡Sé que mi deber era seguirte, adonde quiera que fuese! Perdóname. Soy débil y asustadiza

En realidad, no sé por qué ingresé en las tripulaciones espaciales. O, mejor dicho, sí lo sé: vine para estar junto a ti — susurró.

Jamás lo hubiera imaginado. Aquella tierna y débil mujercita había sido capaz de superar las dificultosas pruebas de los *space-people...,* para estar cerca de mí.

No me fue difícil comprender su miedo, su íntima angustia, impuesta por las limitaciones de nuestra condición humana. Para mí, más que sus flaquezas, contaba el hecho de que Jessie hubiera sido capaz de afrontar tantas pruebas y riesgos por... amor a mí.

Todo estaba explicado y comprendido. Y yo la quería más que nunca. Sobre todo, ahora, desde mi puesto de centinela, contemplándola manchada de grasa y suciedad, pero poniendo toda su voluntad en ayudar a los hombres que trabajaban para reparar las averías del RAPID-003.

Me había sorprendido mucho la conducta de Kenneth Madison. El médico se había opuesto desde el principio al aterrizaje sobre el Planeta de los Cíclopes Rojos, pero aquella tarde, cuando comprendí que no podíamos contar con el equipo de mecánicos, Madison se ofreció incondicionalmente.

- Mis conocimientos de mecánica son escasos, comandante — dijo—. Pero haré lo que pueda. Tal vez sea útil para

transportar una pieza, curar una herida o facilitar herramientas a los mecánicos...

- Muy bien. Puede venir. Agradeceré cualquier ayuda —respondí.

Desde mi puesto de observación, en el punto más alto del fuselaje del RAPID-003, dominaba toda la extensión del arenal hasta donde alcanzaba la luz de los focos.

Allá en la frontera de las sombras, veía brillar de vez en cuando unos ojos dorados fosforescentes... ¿Una fiera? Por fortuna, ningún animal se acercó lo suficiente para suponer un peligro.

La baja temperatura, por otra parte, evitaba la presencia de insectos, atraídos por la fuerte luz.

Sobre las arenas, algunos pedazos de cuarzo fulgían tomo gemas preciosas de irisados colores.

Sentía una gran curiosidad hacia aquellas piedrecitas, capaces de reflejar con gran potencia la luz de los focos.

- Tienen brillo de diamante — pensé—. ¿O serán luciérnagas?

A medida que avanzaba la noche, la temperatura se iba tornando más y más baja.

Hacia las cuatro de la madrugada, el frío era tan intenso que todo el fuselaje de la RAPID-003 estaba cubierto por una capa de escarcha de varios centímetros de espesor.

Finalmente, me vi obligado a suspender los trabajos, pues todos nos sentíamos ateridos, a pesar de vestir nuestros equipos contra el frío intenso.

Recogidas las herramientas y otros elementos en un contenedor, todos nos dispusimos a subir a la astronave.

Salíamos de la cámara de despresurización y estaba deseándoles un feliz descanso a todos, cuando John Ketchum atrajo mi atención, con un gesto de alarma.

- ¡Mira esto! —gritó.

Le seguí hasta el recodo del pasillo: en el suelo se veían gruesas

manchas de sangre.

Palidecí.

- No se trata sólo de esas manchas de sangre... Hay unas huellas. Acércate... ¡Aquí! — susurró John.

Vi lo que me indicaba. Eran huellas, en efecto. Huellas de un animal, impresiones sanguinolentas de la zarpa de un...

- Un lobo *gleenx* — murmuró Ketchum, aterrado.
- *é* Qué ocurre? — oí la voz trémula de Jessie.

Quise ocultarle las manchas de sangre, las huellas...,

pero Jessie vino a la carrera, y contempló aquellas manchas. Un alarido de horror se estranguló en su garganta.

- Tengamos calma — propuse, aunque yo también me sentía íntimamente alarmado.

El resto del grupo de voluntarios se agolpaba alrededor de nosotros. Todos contemplaban el piso manchado de sangre, con estupor e inquietud.

Haremos una cosa — dije—. Vamos a acompañar a Jessie a su cabina. Después daremos una batida para registrar la astronave. ¿Quién quiere venir conmigo?

Todos retrocedieron instintivamente. Pero Harold McCoy, el *viejo* intendente, apretó la culata de su fusil y chirrió los dientes.

- Yo le acompañaré, comandante — dijo.
- Y yo — se ofreció Ketchum.
- Yo también iré — se adhirió Tom Deacon.
- De acuerdo. No necesitamos a más personas. Vamos, Jessie, te acompañaremos a tu cabina — dije—. Y tengan los ojos bien abiertos.

Pero Jessie se resistió.

- No, Cam. Me moriría de angustia, aguardando en la soledad de mi cabina. Prefiero acompañaros — protestó.
- No —respondí, tajante—. Es posible que encontremos algo terrible... Por otra parte, el riesgo es excesivo para una mujer. En nuestro zoológico hay dos parejas de lobos *gleenx,* cada una

de las cuales ocupa una jaula. Si, como supongo, alguien ha abierto una jaula, serán dos los *gleenx* que andan sueltos por los pasillos de la nave. Vamos, Jessie, estarás más segura en tu cabina — insistí.

Obedeció a regañadientes. Giramos a la izquierda y avanzamos despacio, con gran precaución.

Estaba justificado. Los *gleenx* eran unos feroces lobos de Tildrich, de un metro de alzada y doscientos kilos de peso. Tienen unos tremendos colmillos de diez centímetros de longitud, y un pelaje espeso y acerado cubre su piel.

En Tildrich, había visto luchar a dos *gleenx*. Uno de ellos degolló al otro de una sola dentellada...

Puede imaginarse, por tanto, nuestro estado de ánimo. Sin embargo, para mí eran demasiados dos accidentes de la misma índole. La primera vez cuando Don Hacker dejó abierta la jaula de los repugnantes *gozls*; ahora, con los temibles *gleenx*...

Algo terrible había ocurrido... a menos que la pareja de lobos se hubieran atacado entre sí.

Llegamos ante la cabina de Jessie Jordán.

- Tranquilízate — la animé—. En cuanto resolvamos este asunto, vendré a verte.
- Cuídate, Cam — murmuró.

La puerta sobre la que Jessie se apoyaba, cedió. Desconcertada, ella introdujo una mano y dio la luz.

Inmediatamente oímos un aullido sordo, espeluznante, y una masa peluda y parda se abatió sobre Jessie, y la derribó de un zarpazo.

Nunca podré olvidar el pavoroso chillido de espanto que brotó de la garganta de Jessie

Mi pie derecho, interpuesto, evitó que la puerta metálica se cerrase, pero aunque empujé con todas mis fuerzas, me resultó imposible abrirla.

Desesperado, disparé contra los acerados goznes con mi carabina electrónica, y la puerta se desgajó, chisporroteante.

Por un momento vi la enorme cabezota del *gleenx* buscando ansiosamente la garganta de la desdichada Jessie, que interponía sus piernas para defenderse de la feroz acometida.

Disparé sin apuntar. Ni siquiera tuve tiempo para pensar que el disparo podía alcanzar a Jessie...

Lo cierto fue que mi disparo abrió una tremenda brecha en la cabeza de la fiera, que cayó pesadamente, fulminada, sobre el cuerpo de Jessie.

- ¡Ayudadme! —grité.

Entre todos, arrastramos el cuerpo del animal al pasillo.

Jessie yacía, inmóvil, en el suelo, como muerta.

Por un momento, imaginé que los terribles colmillos de la fiera la habían alcanzado. Pero el doctor Madison se inclinó sobre ella, la reconoció brevemente y me tranquilizó:

- Está indemne, por fortuna. Se ha desmayado de la impresión, eso es todo — dijo.
- ¡Dios santo! —murmuré—, ¿Cómo pudo penetrar aquí esa fiera?
- Jessie debió dejar la puerta abierta — respondió Madison —. Tal vez unos restos de comida atrajeron al *gleenx*. No tenia, comandante: pondré una inyección a Jessie, y podrá descansar durante todas las horas que sea preciso. Déjenme una carabina: montaré guardia aquí hasta que vuelvan, y la puerta sea reparada. No se preocupen por nosotros: sé defenderme.

McCoy le tendió su arma.

Dudé un momento, pero la seguridad de que, al menos había otra fiera suelta, me impulsó a comenzar la batida,

- Dividámonos — propuse—. Ketchum y yo iremos por la izquierda. Deacon, McCoy y Ruseel por la derecha. Confluiremos a popa, a la entrada del zoológico. Avisaremos nuestra presencia con silbidos. Haced vosotros lo mismo para evitar confusiones.

Aunque muy inseguros, los tres últimos emprendieron su camino. John y yo volvimos a la cámara de despresurización, y seguimos las huellas de sangre.

Un espectáculo macabro nos aguardaba en el pequeño *hall* del almacén de intendencia.

En cuanto torcimos la esquina, nos detuvimos, aterrados, al contemplar la espantosa carnicería.

Los restos que teníamos ante nosotros correspondían a Alan Cooper, uno de los cuidadores de los animales. El gran llavero de las jaulas de los animales estaba en el suelo, ensangrentado.

Era espantosa la voracidad de los *gleenxs,* de Cooper apenas quedaba el esqueleto y sus destrozados vestidos.

- ¡Es... increíble! —gimió John Ketchum, tapándose los ojos con las temblorosas manos.

Del almacén zoológico llegaba un rumor de gruñidos y bufidos. Las fieras estaban sumamente excitadas, sin duda, y la reja de barrotes de su acceso aparecía abierta.

¿Podría pensarse en un accidente...?

Quizá Cooper, al dar de comer a los *gleenx,* se había visto obligado a abrir la jaula...

Pero no, no. Cada jaula disponía de una trampilla, suficiente para introducir la pitanza de los animales. No podía hablarse de un accidente, sino de una maniobra criminal, deliberada.

- Sigamos adelante — propuse al impresionado Ketchum—. Quedan varios pasillos por registrar.

Antes de llegar a la próxima esquina, silbé suavemente. A lo lejos, me respondió otro silbido.

Sobre el piso, se veían profusas huellas de veinte centímetros de diámetro, sanguinolentas.

Era inútil seguirlas, porque iban y venían constantemente, dificultando la pista.

Diez minutos después, habíamos registrado todos los corredores. Silbé, y Deacon, McCoy y Ruseel se aproximaron, al fondo.

Fue entonces cuando vimos la oscura masa parda avanzar a espaldas de los tres hombres.

- ¡¡Cuidado!!—grité—. ¡¡Detrás de vosotros!!

El enorme *gleenx* macho dejó escapar un gruñido espeluznante, y saltó sobre el grupo.

Ruseel y McCoy cayeron at suelo, bajo las grandes zarpas, mientras Deacon, petrificado de espanto, se apoyaba en el muro.

Puse una rodilla en el suelo, y elevé la carabina, fuera de mí. Pero no llegué a disparar, temiendo alcanzar con los mortíferos rayos a Russel o a McCoy.

Deacon se encontraba más cerca, y podía hacer fuego sin riesgo de errar la puntería.

Por eso grité, descompuesto:

- ¡Dispara, Tom, dispara...!

Deacon se agitó, tembloroso.

Quiso levantar su carabina electrónica, pero sus movimientos eran tan torpes que el arma se le escurrió entre los dedos.

Entre tanto, Harold McCoy se defendía a patadas de las violentas tarascadas del *gleenx*. Las uñas de la fiera dejaban profundas marcas sobre la lámina plástica del pavimento, y sus largos colmillos de marfil fulgieron a la luz.

No fui capaz de resistirlo.

Corrí cuanto mis fuerzas me permitieron, y golpeé a patadas a la fiera en el hocico.

El *gleenx* irguió su cabezota y clavó en mí sus ojos como brasas.

Sus fauces se entreabrieron, húmedas, y un gruñido resonó en el pasillo.

Antes de que hubiera podido reaccionar, el lobo saltó sobre mí, y sus doscientos kilos de peso me derribaron sobre el pavimento.

Mi cabeza golpeó contra la pared, y la conmoción aflojó mis dedos: la carabina se escapó de mi mano.

Cuando abrí los ojos, la fiera me inmovilizaba con sus gruesas patazas sobre mi pecho.

Su aliento fétido rozó mi rostro, y las impresionantes mandíbulas se abrieron, mostrando los colmillos como alfanjes...

No me moví No podía hacerlo.

Jamás he contemplado la muerte tan próxima como en aquel instante. Si las poderosas mandíbulas se cerraban sobre mi cuello, estaba perdido.

La pesada masa del lobo se abatió instantáneamente sobre mí, y me aplastó.

¡Deacon acababa de disparar certeramente...!

Lívido de espanto, me escurrí bajo el cuerpo del *gleenx* y, poco a poco, me incorporé.

Deacon estaba ante mí, con la carabina en la mano, pasmado de asombro ante la eficacia de su disparo.

— ¡Uff!—resopló—. Ha sido horrible. Creí... Creí...

No fue capaz de decir nada más.

Un poco más allá, McCoy gemía en el suelo.

Me acerqué a él, y comprobé que su brazo izquierdo estaba destrozado por los colmillos del *gleenx*.

CAPITULO IX

Le llevamos en volandas hasta la enfermería, dejando detrás de nosotros un reguero de sangre.

Por fortuna, el doctor Madison había llevado hasta allí a Jessie, que descansaba en una cama, inmóvil.

Madison aplicó un torniquete al brazo del pobre McCoy, y cortó la hemorragia rápidamente.

McCoy debía sufrir los tormentos del infierno, porque se quejaba continuamente, y se retorcía sobre la mesa de operaciones.

Ketchum fue a buscar a una enfermera, con la que volvió, minutos después. En seguida, Madison aflojó el torniquete del brazo de McCoy, le anestesió y comenzó a coser los hondos desgarrones producidos por los colmillos del feroz *gleenx*.

Todos nos sentíamos exhaustos y profundamente abatidos. Después de las largas horas de trabajo en el exterior, la tensión de los últimos momentos nos habían dejado sin ánimos ni fuerzas.

De todas formas, no había más remedio que inspeccionar el zoológico.

Miré a Ketchum y a Deacon. No tuve que decir una sola palabra: los dos me siguieron cuando abandoné la enfermería, mientras Bert Ruseel se quedaba para auxiliar a Madison, en caso necesario.

Ante los restos del infeliz Allan Cooper, Deacon barbotó una palabrota, y comenzó a vomitar.

Buscamos una sábana, y recogimos lo que quedaba del cuerpo del vigilante.

Una rabia sorda congestionaba mi cerebro.

- Demasiadas casualidades — murmuré entre dientes—. Demasiadas...

Cruzamos la entrada al zoológico, y cerré la verja de gruesos barrotes a nuestra espalda.

Deacon me tomó por un brazo:

- Comandante, si hubiera otros animales sueltos...

- dijo, con las facciones desencajadas.
- Tenemos nuestras carabinas, ¿no? — estallé—. Pero no podemos permitir que una fiera suelta campe a sus anchas por los pasillos de la nave. ¿Es que ha olvidado a Allan Cooper?

Deacon se mordió los labios y no respondió.

Avanzamos por el ancho pasillo, entre las jaulas. Los mastodónticos *draks* pateaban el suelo con sus pesadas patas, muy nerviosos. A la izquierda, una serpiente *siff* se agitó furiosamente, en su receptáculo de cristal... Dentro de sus espaciosas jaulas, los peludos *gozls* golpeaban los barrotes, en sus ciegos revoloteos.

Las fieras bufaban y gruñían, inquietas, formando un coro espeluznante.

No era extraño: los comederos estaban vacíos, y no había agua en las piletas.

Torcimos a la derecha, con las carabinas prevenidas. Nos aproximábamos a las dos jaulas de los *gleenx,* situadas al final de un pasillo de treinta metros.

Una pareja de lobos enseñó sus poderosos colmillos, al vernos aparecer. Pero la jaula estaba cerrada.

La siguiente, sin embargo, estaba abierta de par en par.

- No puedo comprenderlo... — murmuró Ketchum—. Cuando bajamos a tierra, el único hombre de servicio era Allan Cooper. Todos los demás... tenían demasiado miedo para salir de sus cabinas. Tal vez...
- Tal vez, Cooper se emborrachó o... se volvió loco
- expresó Deacon, certeramente, los pensamientos de Ketchum.
- Algo así debió suceder — aprobó éste con un movimiento de cabeza—. Tenía que estar loco necesariamente, puesto que abrir esa jaula... costó la vida a Cooper.

Yo les oía hacer sus comentarios excitados, sin intervenir.

Pero una frase de Deacon se me quedó grabada: «O *se volvió loco».*

Las fieras seguían agitándose salvajemente en sus cubiles.

- Ayudadme. Vamos a traerles su pitanza. Ven conmigo a intendencia, Tom. John, abre la llave de paso del agua, y llena los bebederos.

~ Media hora después, la algarabía de bufidos y gruñidos había terminado.

Los animales, saciados y abrevados, descansaban.

Abandonamos el compartimiento, y cerré la verja con el cerrojo y un fuerte candado de combinación.

Sin embargo, nuestra tarea no había terminado aún: había que deshacerse de los cadáveres de los dos *gleenx* muertos.

Con gran esfuerzo, colocamos el macho sobre una carretilla eléctrica, y lo hicimos descender al hangar de vehículos del piso inferior.

A través de una trampilla telescópica del piso, el cadáver fue arrojado al exterior, tras lo cual subimos e hicimos lo mismo con el de la loba.

- Idos a descansar — dije a Deacon y a Ketchum—. Yo pasaré a ver si Madison ha terminado de atender a Harold McCoy.

Apenas podía mantenerme en pie. Mi cuerpo reclamaba urgente descanso, pero no quería irme a acostar antes de saber cómo se encontraban Jessie y Harold McCoy.

Entré en la enfermería.

El doctor Madison y la enfermera acababan de tender sobre una cama al intendente, quien, muy pálido y demacrado, mostraba el brazo izquierdo vendado.

- Le hemos hecho una transfusión de un litro de plasma — me informó Madison —. Esperemos que pueda recuperarse. De todas formas, no tengo la esperanza de que pueda volver a utilizar su brazo herido. Hubiera sido necesario todo un equipo de expertos cirujanos para recomponer sus nervios, vasos y músculos destrozados.

Sin podérmelo explicar, me sentía responsable de la desgracia de McCoy. El «viejo» — como todos le llamaban cariñosamente a bordo

— se había comportado como un hombre de una pieza, pero yo no debí permitir que se expusiera a recibir las dentelladas de una fiera.

- ¿Y Jessie? — pregunté, al cabo.
- Duerme apaciblemente. No se preocupe por ella. Sin embargo... tengo que darle otra mala noticia...
- ¿ Cuál?
- Dick Farmer acaba de morir. De repente, le oímos toser; corrimos hacia él. Se ahogaba. Poco después estaba muerto. Un colapso — respondió el médico.

Dije que tenía que irme a descansar, y abandoné la enfermería.

- ¡Dios mío, Dios mío...! —gemí, mientras me arrastraba a lo largo del pasillo, como un beodo —. Empiezo a pensar que este Planeta de los Cíclopes Rojos está, en verdad, maldito.

Profundamente deprimido, penetré en mi cabina, cerré la puerta y me dejé caer sobre el lecho.

Tuve un sueño tan agitado y tenso que, cuando desperté, sentía todo el cuerpo dolorido.

* * *

Bajamos a tierra a las doce, de la mañana.

El calor del sol, muy notable a aquella hora, había atraído a formidables nubes de gruesos insectos azules, que golpeaban con fuerza el fuselaje, promoviendo un rumor persistente y monocorde.

Era una espesa masa de insectos la que se apiñaba, ávida, sobre... los esqueletos de los dos *gleenx*.

- ¡Eh!—exclamó John Ketchum, primero en echar pie a tierra, señalando los mondos huesos—. ¿Los habrán devorado esos abejorros?

No, no eran los insectos, aunque acudieran a cientos de miles, a millones.

Sobre la arena se veían profundas huellas de animal. De varios

animales, a decir verdad.

Apartamos los pesados esqueletos a patadas, hasta dejarlos a unos treinta metros de distancia.

La nube de gruesos insectos permaneció todavía una hora rondando los huesos hasta que quedaron mondos y lirondos, blanqueándose al fuerte sol de mediodía.

Dirigí la vista hacia el lago. El arenal se veía salpicado de aquellos trozos de cuarzo.

- Esperadme a la sombra — dije a Ketchum y a Deacon —. Voy a echar una ojeada a esas huellas.

Se quedaron de buena gana, protegidos bajo la panza del RAPID-003.

Entre tanto, yo eché a andar hacia el centro del arenal, con el salacot calado y la carabina en la mano derecha.

¿Cuánto debían pesar los anímales que habían dado cuenta de los cadáveres de los *gleenx?*

A juzgar por la profundidad de su pisada, no menos de una tonelada. Se veían claramente cuatro pezuñas, dispuestas como en las patas de los ungulados. Es decir, cerdos o jabalíes salvajes.

Aquello, sin embargo, no me preocupaba demasiado.

Lo que picaba agudamente mi curiosidad era el brillo inusitado de aquellas piedrecitas.

A poco más de un kilómetro del RAPID-003, me incliné y tomé una del tamaño de una nuez.

Era un cristal purísimo, esplendoroso como un diamante...

- Y posiblemente sea un diamante—escuché, con sorpresa, mi propia voz.

Había muchas, centenares o miles, brillando al sol, esparcidas por el arenal.

Me bastó recorrer unos pocos metros más para recoger un puñado de aquellas preciosas piedrecillas, que me guardé en un bolsillo.

A través de mis potentes prismáticos, dirigí una ojeada al lago.

Formas redondeadas y gigantescas se agitaban entre las fangosas aguas.

De repente, vi surgir una cabeza dotada de poderosos colmillos. En principio, creí que se trataría de un hipopótamo, pero los hipopótamos carecen de cerdas, y aquel animal tenía una pelambre hirsuta y negruzca.

La cabeza era exactamente como la de un cerdo, a excepción de su tamaño, tres veces más voluminoso, del brillo maligno de sus ojillos y de las pequeñas orejas redondeadas.

Como las huellas que partían de la astronave se dirigían rectamente hacia el lago, comencé a sospechar que eran aquellos poderosos animales omnívoros los que habían dado buena cuenta de las piltrafas de los lobos *gleenx*.

El calor hacía arder mis pies, mis manos y mi cabeza, por lo que volví hacia el RAPID-003, con pasos lentos y pesados.

Apoyado sobre el tren de aterrizaje, di cuenta a mis compañeros de las características de los animales que había observado en el próximo lago.

- Será mejor que no diga nada de ello a los demás, comandante — sugirió Deacon —. Estoy seguro de que ninguno se expondría a asomar sus narices fuera de la nave.

De repente, saqué una de las brillantes piedrecitas y la mostré a John Ketchum.

- Alguna vez te he oído decir que realizaste estudios de Mineralogía — dije. Y tendí la piedra a John—. ¿Podrías decirme qué es esto?

Sorprendido, Ketchum tomó la piedra, observó su brillo al sol y exclamó:

- ¡Es un diamante purísimo! ¿Dónde lo encontraste?

Mis sospechas se habían confirmado. Lo cual quería

decir que el arenal estaba sembrado de diamantes.

- Lo compré en Los Ángeles — mentí—. El tipo que me lo

ofreció, aseguró que era una pieza valiosa. Pero la verdad es que nunca lo creí.

Ketchum me observó fijamente.

- Pues decía la verdad, Cameron — respondió, con lentitud —. Tallada por un experto, esta piedra podría venderse por cuatro o cinco mil dólares.

Disimulé como pude mi sorpresa.

¡Cuatro o cinco mil dólares...! Y aquel diamante era de los más pequeños que guardaba en el bolsillo.

Decidí que debía guardar en secreto mi fabuloso hallazgo.

Pero Tom Deacon me miraba con desconfianza.

- Vamos, comandante: diga la verdad — exclamó—. Le hemos visto inclinarse varias veces, recoger algo del suelo... ¿Está seguro de que no encontró ese diamante en la arena?

Había dado en la diana, el condenado Deacon.

De todas formas, negué con firmeza.

- No cogí nada del suelo. Solamente observaba las huellas de esos colosales paquidermos. Cuando los vi a través de los prismáticos, comprendí que era demasiado arriesgado seguir adelante y volví. Eso es todo.

Mis razones eran plausibles, pero estoy seguro de que Deacon no quedó muy convencido.

Como habíamos bajado para enterrar los cadáveres de los *gleenx,* y las alimañas lo habían resuelto a su manera, decidí que debíamos regresar a bordo.

Media hora después, había conseguido reunir a todos los tripulantes en el salón del bar, a excepción de Jessie Jordán y la enfermera que la cuidaba.

Lo que tenía que decir era de manifiesta gravedad, por lo que, antes de comenzar a hablar, había meditado fríamente mis palabras:

- Como todos sabéis, desde que llegamos a Wreegl se han producido algunos dramáticos' acontecimientos entre nosotros

— dije, mirando fijamente a la asamblea—. Ted Johnson murió accidentalmente, es cierto, pero no ocurrió lo mismo con otros compañeros, estoy seguro. Hacker, Farmer, Sullivan, Haffer y Cooper encontraron la muerte en extrañas condiciones. Todos conocíamos a estas personas, y sabíamos que no estaban locos ni enfermos. Por eso estoy dispuesto a plantear la cuestión abiertamente: entre nosotros hay un criminal, una persona de mente retorcida y desquiciada, causante de esas muertes.

Un murmullo de excitación acogió mis palabras.

- Hacker *se hizo* morder por una *siff,* y fue el causante de la muerte de Dick Farmer — continué—. Deane Sullivan intentó asesinarme por dos veces, y posteriormente desapareció, después de golpear a Helen Haffner hasta producirle la muerte y, finalmente, Allan Cooper murió destrozado por los colmillos de dos *gleenx* escapados de sus jaulas, sin contar con las heridas que han estado a punto de costar la vida a Harold McCoy...

Hice una pausa y proseguí:

—Os he reunido aquí por si alguno de vosotros puede aportar algún dato que nos permita desenmascarar al criminal. Por mi parte, he llevado a cabo una secreta investigación, sin éxito alguno. Os ruego que colaboréis conmigo, puesto que si, como pienso, hay un asesino entre nosotros, es muy posible que pronto escoja a una nueva víctima.

Noté que se encogían en sus asientos, dominados por el miedo.

Sally Richard se alzó entonces de su asiento:

- Dígame, comandante: ¿cómo ha llegado a la conclusión de que hay un asesino? — preguntó, trémula.
- Yo también iba a hacerle la misma pregunta, comandante. ¿Dónde están las pruebas de que esas muertes no se hayan producido accidentalmente? Todos sabemos que Hacker se sentía despavorido, y por eso se suicidó. En cuanto a Deane Sullivan — era el doctor Madison el que se explicaba con voz sosegada—, se sintió desesperada por la muerte de Ted Johnson, al que amaba. ¿Que enloqueció por ello? Es muy posible, pues en realidad ninguno de nosotros tiene los nervios tranquilos, desde que descendimos sobre Wreegl. Sabemos que Dick Farmer fue atacado por un *gozl,* cuya jaula dejó abierta Hacker. En cuanto a Allan Cooper, Joe Bryan ha descubierto

que alguien destrozó la puerta del bar para robar dos botellas de ginebra. No podemos comprobarlo por la autopsia, pero se puede suponer que Cooper, única persona de servicio a bordo, decidió distraer su guardia y se bebió esas botellas, cuyos cascos han sido hallados esta misma mañana, destrozados, en el mismo zoológico, ¿no es cierto, comandante?

Forzosamente hube de asentir. Habíamos encontrado los vidrios y algunas manchas de licor.

- Si se bebió las dos botellas, es probable que Cooper cometiese alguna imprudencia, imprudencia que le costó la vida a él, y pudo costárnosla igualmente a alguno de nosotros, ¿no es cierto? — pronunció, con gesto desafiante.

Reflexioné. Las explicaciones dadas por Madison eran creíbles, y estaban convenciendo a todos en pocos segundos. según pude advertir. Porque escuché algunos suspiros de alivio, y las expresiones de los tripulantes se relajaron.

No tuve más remedio que decir:

- Ojalá esté en lo cierto el doctor Madison. De cualquier forma, mi opinión es distinta. Por eso pido a todos que extremen sus precauciones. A partir de ahora, quedan terminantemente prohibidas las bebidas alcohólicas. Nadie deberá acercarse al zoológico. Ketchum, Deacon y yo mismo nos encargaremos diariamente de atender a las fieras. Eso es todo: pueden marcharse.

CAPITULO X

Al atardecer, me deslicé subrepticiamente hacia la central de telecomunicaciones.

Pulsé el zumbador, y John debió captar mi rostro en su pantalla de televisión, porque la puerta se abrió un segundo después.

- ¿Qué...? — pregunté, con ansiedad.
- Ha sido muy laborioso obtener la comunicación, pero aquí tienes el resultado — respondió.

Y me tendió un pedazo de cinta de teletipo.

Leí apresuradamente y sonreí.

- Lo que había imaginado — susurré—. Es posible que podamos desenmascarar al asesino, antes de que produzca una nueva víctima.

Ketchum parpadeó, desconcertado.

- He leído ese texto, pero no entiendo una sola palabra— dijo.
- Mejor para ti — respondí —. ¿Deane?

John se puso en pie, y me guió hasta el archivo de material.

Abrió la puerta, y encendió la luz.

En un rincón, yacía Deane Sullivan, sobre un improvisado lecho, en el suelo.

- No reacciona — murmuró John, desesperado —. Está viva, su corazón late y puede percibirse su respiración, pero no vuelve en sí, ni habla, ni... La he alimentado por sonda, como tú me recomendaste, pero...
- Di.
- La verdad, Cameron, dudo mucho que obtengamos algo tangible ocultando a todos, menos a Deacon y a Ruseel, que nos acompañaban, la verdad: Deane está viva — confesó, preocupado.
- Yo pienso lo contrario. Cuando encontré a Deane en aquella especie de nido de los gorilas, su expresión era lúcida —

le expliqué —. Lo cual quiere decir que si se volvió loca fue una locura pasajera. Más exactamente: creo que cuando atentó contra mi vida, estaba drogada. Esa es mi esperanza: que cuando Deane recupere el conocimiento, confiese quién la drogó o le ofreció la droga. Entonces tendré pruebas contra el criminal.

- ¿No crees que estás obcecado, Cameron? Las razones del doctor Madison me parecen buenas. Fue la fatalidad la que encadenó todos esos dramáticos acontecimientos— trató de convencerme John.

Sonreí sin ganas.

- ¿Eso es lo que crees? Pues te diré una cosa: en la cinta de teletipo acabas de darme un dato de un valor incalculable.
- ¿Cuál? — preguntó, curioso.
- La información recibida de la Tierra dice que Kenneth Madison y Don Hacker formaban parte de la expedición que comandaba el coronel Jeff Spiros, el mismo que esparció la especie de los caníbales rojos de Wreegl...
- ¿Y qué...?
- Hace tres días pregunté a Madison si había estado alguna vez en este planeta, y *Madison negó taxativamente,* ¿comprendes?
- Ni una palabra — respondió Ketchum, sincero.
- Pues está claro: Madison tenía una razón poderosa para mentir, para evitar que el RAPID-003 descendiera sobre el planeta de los Cíclopes Rojos. Y ahora *yo sé cuál es esa razón* — pronuncié.
- Habla — me animó John.

Pero yo sabía que no debía hacerlo.

- No puedo decirte nada... por ahora. Pero no creo que pase mucho tiempo, antes de que pueda hablarte ton toda claridad.
- Eso espero — murmuró John, defraudado.

Dirigió una nueva mirada a la inmóvil Deane Sullivan, y preguntó:

- ¿Qué vamos a hacer con ella?
- Nada, La seguiremos ocultando.
- ¿Y si muriera?

Me mordí los labios. Yo era consciente de que arrostraba una tremenda responsabilidad.

Si Deane moría en el aislado archivo, todos me acusarían como responsable de aquella muerte.

Lo razonable era llevarla a la enfermería, donde el doctor Madison tal vez conseguiría reanimarla...

Por fortuna, Deane no había empeorado, desde que perdiera el conocimiento en mis brazos, allá en la jungla.

Por el contrario, el color de sus mejillas se había avivado. En realidad, su aspecto era el de una persona sana, aunque dormida.

¿Cómo explicarse aquella situación de prolongado

sueño?

Quizá no fuera sino una inhibición de sus sentidos, una negación temporal de su ser consciente a funcionar, con el objetivo de prolongar el reparador descanso, tras las tensas y horribles situaciones vividas por aquella

mujer.

- La responsabilidad es mía — insistí —. Deane seguirá ahí. Sólo debes avisarme si notases que empeora o se produce algún cambio.

* * *

Habíamos continuado el trabajo de reparación, una hora antes del anochecer, en cuanto estuvimos a cubierto de los ardorosos rayos del sol de Wreegl.

De esa forma, evitaríamos las heladas horas de la madrugada y sus inconvenientes.

No disponíamos del «viejo» McCoy, ni de Jessie, que había sido trasladada a su cabina, una vez recobró el conocimiento, de mañana, pero teníamos a otra mujer como auxiliar: Sally Richard, ayudante de Deacon.

Se trabajaba aprisa, sin perder un segundo.

Ya se habían montado los elementos precisos del generador principal, e incluso se había comprobado su correcto funcionamiento.

Sólo faltaba reponer las planchas de metal y soldarlas entre sí, para recomponer el fuselaje.

Todos nos turnábamos en la vigilancia y en el trabajo, aunque la mayoría preferían trabajar sobre el andamio articulado, sintiendo la protectora proximidad de los otros, a mantenerse aislado en lo alto de la astronave, detrás de la batería de focos que alejaba las tinieblas en un círculo de cinco kilómetros de diámetro.

A las doce se produjo un suceso alarmante.

Sally Richard consumía su turno de vigilancia entre los focos, cuando dejó escapar un alarido de espanto.

Interrumpimos nuestro trabajo, y escalé a toda prisa el fuselaje hasta llegar arriba.

- ¿Qué sucede, Sally? — grité.

No podía verla, porque me cegaba la potente luz de los focos. Pero ella corrió sobre las planchas, y se abrazó a mí, estremecida de espanto.

- ¡Por amor de Dios, Sally! ¡Di qué te pasa! —grité.

Temblorosa, balbuciente, señaló a la lejanía.

- ¡Allí..., allí! —gimió.

Miré en la dirección que señalaba, y vi las oscuras masas que se aproximaban, a menos de un kilómetro de distancia.

Una docena de los monstruosos paquidermos del lago se aproximaban con un grotesco, aunque rápido, trote cochinero.

- ¡La carabina! — grité.

Pero Sally perdió el equilibrio, cayó y se deslizó sobre la bruñida superficie del fuselaje.

Por fortuna, Deacon, que estaba en lo alto del andamio articulado, logró detenerla antes de que cayese al suelo, desde una altura de siete metros.

Volví la cabeza hacia el arenal.

Los puercos salvajes se acercaban decididamente.

Eran enormes: de una alzada semejante a un rinoceronte, pero con una notable diferencia: los rinocerontes se alimentan de vegetales.

Troté hacia la batería de focos.

Me sentía cegado, y tropecé contra la barra sustentadora de un foco. A pesar de lo cual, me puse en pie, avancé y volví a agacharme, tanteando el metal, en busca de la carabina.

Finalmente, mis dedos la encontraron.

Me alcé y la apoyé en lo alto de un foco para conseguir una puntería más certera.

Para entonces, el pánico había cundido entre los compañeros que trabajaban en el andamio.

Sally se había arrojado al suelo, y cojeaba sobre la arena, tratando desesperadamente dé alcanzar la astronave.

Por desgracia, en su apresuramiento, Madison y Ketchum tropezaron con ella, y todos rodaron por el suelo.

Ruseel y Deacon, por su parte, optaron por retroceder desde el andamio y ganar las alturas, pero sus cuerpos se interpusieron ante mí, y tuve que gritarles a voz en cuello:

- ¡Agachaos! ¡Voy a disparar...!

La tropilla de pesados paquidermos carnívoros avanzaba al trote. Sus pisadas hacían retemblar la tierra.

Apunté cuidadosamente al que iba en cabeza, contuve la respiración y disparé, cuando los animales se encontraban ya apenas a doscientos metros de distancia.

El rayo electrónico resplandeció, fulgurante, y atravesó el aire como una exhalación escarlata.

El primer animal, alcanzado en la cabeza, se derrumbó pesadamente, alzando una nube de arena al caer.

El resto de la manada se detuvo bruscamente. Oí sus gruñidos

atemorizados, de protesta, y volví a disparar, aunque apuntando alto.

El segundo rayo les asustó definitivamente, y emprendieron el retorno a toda velocidad. Poco después, desaparecían en la oscuridad.

- El peligro ha pasado — anuncié a Deacon y Ruseel —. Podéis volver al trabajo.

Ambos se pusieron en pie, con cuidado, de espalda a la luz cegadora de los focos.

- ¿ Tú crees que los demás querrán continuar, después de esto? — gritó Ruseel, intranquilo.
- Llamadles. Ya habéis visto que no hay ningún peligro. Yo les hablaré.

Me reuní con ellos, en la arena.

Sally temblaba de espanto, pero se avino a continuar ayudando... con la condición de que fuera yo quien vigilase, por el resto de la jornada.

Cuando renació la calma, y todos volvieron a sus puestos, comprendí que había sido una torpeza dejar los cadáveres de los *gleenx* abandonados a la voracidad de los jabalíes del lago.

No cabía duda: era el hedor de los cadáveres lo que les había atraído. Después del primer banquete, los peligrosos paquidermos volvían por nueva pitanza.

Debimos enterrarlos aquella misma noche o destruirlos por el fuego, pero ya no era posible enmendar las cosas.

Ahora sólo tenía que esforzarme en mantener bien abiertos los ojos, vigilando hacia el sur, pero sin descuidar las oscuras masas vegetales de las selvas que se alzaban a izquierda y derecha.

Deacon manejaba un potente aparato de soldadura eléctrica, mientras Ketchum refrigeraba las planchas con un chorro continuo de agua, y Ruseel manejaba una fijadora para pulir la superficie metálica recién soldada.

Al fin, las máquinas enmudecieron, y los hombres dejaron escapar un suspiro de alivio.

- ¡Listo! —gritó Tom Deacon.

Por mi parte, abandoné mi puesto de vigilancia en la batería de focos, y caminé despacio hacia el andamio.

Palmeé, satisfecho, la espalda de Deacon.

- Enhorabuena a todos — dije—. Ha sido un excelente trabajo.

Pero Deacon no dijo nada. Seguramente, se sentía demasiado fatigado para mostrarse locuaz.

Descendimos del andamio.

Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, todos dirigimos una mirada a la mancha oscura que yacía a unos doscientos metros de distancia.

Allí seguía el cadáver del paquidermo abatido. Pero yo estaba seguro de que, en cuanto se apagasen los focos, los monstruos del lago se aproximarían para devorar a su congénere.

- Retirémonos — indiqué —. Bien nos hemos merecido el descanso.

Pero el doctor Madison se volvió hacia mí.

- ¿Por qué? Lo mejor sería recoger el andamio y el contenedor de las herramientas. Así podremos partir cuanto antes — dijo.

Me pasé una mano por los fatigados párpados.

- Mañana — respondí.
- ¡Mañana! ¡Cuanto antes abandonemos Wreegl, mayor seguridad para todos nosotros! ¿Es que no ha visto a esa manada de monstruos? — protestó, excitado.

Le miré fijamente y observé:

- Usted es un buen médico y un excelente cirujano, doctor Madison... Pero yo soy el primer piloto del RAPID-003, y sé lo que me digo. Antes de despegar, será preciso revisar todos los servicios y mecanismos de a bordo, lo cual nos llevará dos o tres horas. Por otra parte, realizaremos un despegue más seguro a la luz del día. Así pues, ya lo sabe: partiremos mañana, de día.

Madison no se mostró conforme, pero mi actitud era firme y

decidida.

Deacon me apoyó, sorprendentemente:

- El comandante tiene razón... ¿Qué prisa tenemos ahora? El RAPID-003 está dispuesto, y eso es lo que cuenta — dijo.

Notaba algo extraño en él. En su conducta, en su comportamiento, en su forma desusada de rehuir mirarme directamente.

De todas formas, yo también me sentía exhausto, por lo cual todos volvimos a bordo, en seguida.

Recordando la dramática sorpresa de la noche anterior, todos nos quedamos envarados, al abandonar la cámara de descompresión.

A simple vista, no advertí nada extraño.

Los demás se fueron a la cama, pero Ketchum, Deacon y yo realizamos una rápida inspección a lo largo de los pasillos.

La reja del zoológico estaba cerrada, y los animales permanecían, en silencio, en sus cubiles.

Ketchum nos deseó un tranquilo descanso, y se metió en su cabina, pero Tom Deacon me siguió.

Entonces me volví hacia él, y le pregunté:

- ¿Qué ocurre, Tom? Te noto intranquilo. .

Respiró con fuerza, desvió la mirada y dijo:

- Necesito hablar con usted. A solas, comandante. ¿No le importa dedicarme unos minutos? ¿Podríamos charlar en su cabina?
- Es demasiado tarde. Todos estamos al borde de nuestras fuerzas. ¿Es que tu problema no puede aguardar hasta mañana? — le pregunté.
- No — respondió, con los labios apretados.

Me encogí de hombros.

- De acuerdo. Ven. Con tal de que sólo sean unos minutos. Apenas puedo tenerme en pie — respondí.

Penetramos en mi cabina.

- Cierra la puerta — rogué.

Arrojé la carabina sobre el lecho, y me volví hacia él.

En aquel momento, algo muy contundente estalló en mi barbilla, y me envió al mundo de la inconsciencia.

CAPITULO XI

Mi desvanecimiento debió empalmarse directamente con mi sueño, pues no desperté hasta bien entrada la mañana.

Me incorporé, palpé mi dolorida mandíbula y miré el reloj: eran las diez de la mañana.

Me duché y me vestí.

Recordé que debía avisar a Ketchum y a Deacon para que me ayudaran en la tarea de dar de comer y beber a los animales que transportábamos.

¡Deacon!

Lo recordé todo súbitamente. Su deseo de charlar conmigo, a solas... El tremendo golpe en la mandíbula...

Sobre mi cama había algunos pequeños diamantes. Pero faltaban los más gruesos.

Es decir, que Deacon había utilizado aquel pretexto para ponerme fuera de combate y registrar mis bolsillos, robarme...

Oprimí mi intercomunicador:

— ¡Deacon! —grité—. ¡Quiero verte ahora mismo en mi cabina!

Lo primero que pensaba hacer era devolverle cumplidamente su puñetazo.

Aguardé, impaciente.

Pero Deacon no se presentó.

Entonces salí de la cabina, y le busqué por todas partes, pero no pude encontrarle.

Lo peor no era eso: tampoco Ketchum estaba en la central de telecomunicaciones, ni Madison en su despacho de la enfermería, ni Jessie en su cabina.

Tardé diez minutos en comprobar que no había nadie a bordo de la nave, excepto los animales, que se movían inquietos en sus cubiles, y yo.

Incluso el herido Harold McCoy había desaparecido.

Mis sienes zumbaron de angustia.

- ¡Es... incomprensible! —murmuré.

Una idea repentina me impulsó a correr locamente hacia la cabina de control.

Entré, me dejé caer en el asiento del primer piloto, y conecté la red cerrada de televisión.

Enfoqué las cámaras de proa, y vi lo que tanto había estado temiendo.

Todos los tripulantes del RAPID-003 se hallaban desperdigados por el arenal, se empujaban, se inclinaban afanosamente sobre la arena, en busca de... diamantes.

- ¡El muy idiota de Deacon...! — rezongué entre dientes.

Su desconfianza y su ambición habían provocado lo que yo más había temido, desde el momento en que recogiera aquel puñado de diamantes entre las candentes arenas de Wreegl.

Entre los tripulantes, se había desatado la locura colectiva, el ansia irrefrenada por enriquecerse de forma fácil.

Deacon había encontrado los diamantes en mis bolsillos, y había sacado conclusiones fáciles.

Luego, el muy imbécil se había apresurado a dar cuenta de su hallazgo a todos los demás.

Y ahora todos—¡todos, incluida Jessie!—, desafiaban los ardores del sol, y se empeñaban en recoger puñados de piedras preciosas.

No es que yo me sintiera insensible a aquella fabulosa riqueza, al alcance de mis manos.

Debo reconocer que también yo me había sentido tentado de recoger, en secreto, un saco de aquellas valiosas gemas...

Pero la sensatez se había impuesto sobre mi personal egoísmo: había decidido mantener oculta la verdad

de aquel increíble yacimiento de diamantes, en bien de

todos.

Durante unos minutos, permanecí absorto en la pantalla, que me traía imágenes de aquellas personas que avanzaban temerariamente en el arenal, distanciándose más y más de nuestra nave.

Algunos de los tripulantes — hombres y mujeres — desafiaban temerariamente los ardorosos rayos del sol, sin tomar la mínima precaución de cubrir sus cabezas.

Vi caer a Maggie Strauss, desvanecida sobre la arena. Pero el ardor de la codicia de los demás era tan intenso, que ni uno solo de ellos se detuvo a auxiliarla.

La cólera explotó en mi pecho, como una carga de potentes explosivos.

- ¡No puede ser, no debe ser! —rugí.

Enfebrecido, abandoné la cabina de mando, y corrí

hacia la cámara de despresurización.

Penetré en ella, y pulsé el mando que dejaba libre la salida al exterior. Pero no funcionó.

«Me han dejado encerrado», pensé.

Alguien había maniobrado en el mecanismo de la compuerta para evitar que yo pudiera abandonar el RAPID-003.

Era estúpido.

Yo disponía del hangar de vehículos para abandonar la nave. Aparte de ello, tenía una salida de emergencia, desde la misma cabina de navegación.

Volví allí, pulsé unas cifras en el cerebro electrónico y… la rampa descendente se ofreció a mis pies.

Caí suavemente sobre la arena, y la compuerta se plegó sobre el fuselaje.

Rodé sobre la arena y me agité, atontado por el brusco golpe.

- Quédese ahí, comandante — dijo una voz.

Me incorporé despacio.

Y vi al doctor Madison, que me encañonaba con una carabina electrónica.

CAPITULO XII

Escupí la arena que se había adherido a mis labios.

Madison se recostaba, cómodamente sentado, sobre el tren de aterrizaje del RAPID-003.

El permanecía a la sombra, mientras los demás seguían escarbando la arena, al tórrido sol de mediodía.

Yo me había comportado como un estúpido. Mi rabia, mi ira, habían impedido que tomara una precaución tan elemental como llevar una carabina.

Sonreí sin ganas.

- No es eso, doctor — dije —. Como médico, usted debió aconsejarles. Debió advertirles a los tripulantes que el sol de Wreegl puede causarles gravísimas quemaduras.
- Hay algo más peligroso aún — exclamó, cínicamente—. La insolación. ¿Los ve? Buscan como locos, sin proteger sus cabezas de los ardores del sol.

Dirigí una lenta ojeada a mi alrededor, en busca de ayuda.

Pero bajo la sombra protectora de la astronave, sólo nos

encontrábamos Kenneth Madison y yo.

El tenía una carabina electrónica, con la que podía enviarme al otro mundo de un solo disparo.

Yo... no tenía nada.

A poco más de cien metros de distancia, vi a Jessie.

Me puse en pie, impulsivamente.

- ¡ ¡Jessie, vuelve!! ¡¡Vuelve ahora mismo!!—grité.

Ella se volvió un momento, pero siguió buscando,

anhelante, entre la arena.

Cerca de ella estaban Ruseel y John Ketchum. Más allá, Mark Smith, el tercer piloto.

Me miraron fugazmente, pero volvieron en seguida a su tarea.

La carcajada de Madison me encrespó

- No sea estúpido, comandante. No le harán caso — se burló.

Su actitud era relajada, casi indiferente,

Pero era una falsa impresión. En realidad, controlaba cada una de mis reacciones, y podía anticiparse a mis movimientos.

- Suelte la carabina, Madison — susurré—. Usted es un médico, debe advertirles del peligro que corren,..

Madison tomó un depósito de agua, y bebió copiosamente, sin dejar de vigilarme.

- Son unos locos, ¿no es cierto? — rió-. Pero hay que disculparles, comandante. Son como niños: piensan que van a enriquecerse, que jamás tendrán que trabajar por el resto de sus días, que gozarán de una fabulosa existencia, en cuando aterricemos en la Tierra.
- ¿Y no va a ser así?

Madison volvió a reír.

Cada una de sus carcajadas era como un dardo afilado que se roe clavase en el pecho.

- ¿Usted... qué cree, Cameron? — preguntó.

Escupí un salivajo denso y pastoso sobre la arena.

- ¡Cerdo...! —murmuré.

Pero Kenneth Madison no se molestó.

Por el contrario: mi colérica explosión parecía divertirle.

- Ahora lo sabe todo, comandante. Sea razonable, y procure hacer las cosas fáciles. Usted, Cameron, es el cerebro y la experiencia. Ellos... ya se lo he dicho, son como niños. Cumpla con su parte, y todo irá bien — pronunció, sin alterarse.
- ¿Qué debo hacer? — pregunté, tanteando el terreno.
- Nada — respondió—. Yo me ocuparé de todo lo demás.

Ardía el aire.

Aunque Madison y yo permanecíamos a la sombra, el viento abrasador, que soplaba candente del lago, quemaba nuestras mejillas y nos deshidrataba rápidamente.

Bueno... Me deshidrataba yo, porque Madison bebía frecuentemente del depósito de plástico que tenía al alcance de la mano.

- Deme un poco de agua — pedí.

Madison dejó escapar una larga carcajada.

- No — respondió —, luego.

Estábamos a siete metros de distancia, el uno del otro.

Lentamente, comencé a acercarme. Me movía muy despacio, casi imperceptiblemente hacia él, pero Madison lo notó.

- Quédese ahí, comandante — advirtió, sin perder la sonrisa —. 0 tendré que disparar.

Intenté tragar saliva, pero ni saliva quedaba en mi boca ya.

- No puede prescindir de mí, doctor — intenté fanfarronear

—. Me necesita. O ninguno de nosotros abandonará la superficie del Planeta de los Cíclopes Rojos.

Madison sonrió, de buen humor.

- Digamos que. . preferiría conservarle, Cameron. Pero no me obligue a disparar. Me las arreglaría con Mark Smith.
- No sea estúpido. Mark no tiene experiencia suficiente. Es inseguro, excesivamente impresionable... No lo conseguiría.
- Con mi ayuda, sí — dijo el médico, con voz fría y segura.

Callé.

Los tripulantes del RAPID-003 se movían lentamente, a lo largo y lo ancho de la llanura arenosa.

Era evidente que sus fuerzas se iban extinguiendo poco a poco. Vi que Jessie caía y volvía a levantarse con gran esfuerzo.

Madison debió calar en mi mente, porque dijo:

- No tema. Les he dejado llevar agua suficiente para que no se deshidraten. Á1 menos, por una hora. Luego, les haré venir aquí.
- Ahora lo comprendo... Ellos son sus recolectores. Usted, doctor, piensa que los diamantes que recogen todos ellos sólo serán para usted.
- Sí — admitió.
- Está loco — farfullé torpemente con mi boca seca—. ¿Hasta cuándo cree que va a poder seguir dominándolos?
- Hasta que descendamos sobre la Tierra — respondió.
- ¡Eso es absurdo! —estallé—. Antes que descendamos sobre nuestro planeta, las autoridades tendrán una completa información sobre usted. No podrá escapar entonces, Madison.

No se inmutó. Por el contrario, parecía absolutamente seguro de sí mismo.

Movió levemente la carabina sobre sus piernas para encañonarme mejor, y bebió un largo trago de agua, que resbaló por su mandíbula y desapareció rápidamente en la candente arena.

- Pronuncia muy a menudo las palabras *estúpido y loco,* comandante. Pero no tardará en comprender que el más razonable de todos soy yo. Dice que informará a las autoridades... Usted piensa eso, Cameron, pero jamás lo

conseguirá. ¿Por qué cree que Don Hacker se hizo morder por una serpiente *siff*?— preguntó.

- Dígamelo.
- Le inyecté un alcaloide que produce una inhibición de la voluntad. Le dije lo que tenía que hacer. Y cumplió perfectamente mis indicaciones — confesó, orgulloso.
- Sé el motivo que le impulsó a asesinar al zoólogo — dije.

—¿Sí?

- Hacker formaba parte, con usted y Jeff Spiros, de la expedición que hace diez años se vio obligada a descender sobre este planeta, Descubrieron que estos arenales estaban regados de diamantes purísimos, de gran tamaño, recogieron una cantidad considerable de gemas y... *asesinaron a cuarenta personas* para mantener el asunto en secreto — respondí.

Madison asintió, satisfecho.

- Una magnífica deducción, Cameron. Urdimos una historia muy convincente para justificar la muerte de los tripulantes de aquella astronave, y Jeff, Hacker y yo nos enriquecimos.
- Eliminó a cuarenta personas para enriquecerse... — acusé.
- ¿Y qué importaba? Lo que nos interesaba era evitar que alguien descendiera sobre este riquísimo planeta— exclamó Madison, levemente excitado—. Spiros esparció la historia de los Cíclopes Rojos, devoradores de hombres, y desde entonces ningún piloto se atrevió a aterrizar en Wreegl.
- ¡Es... horrible! —murmuré, estremecido—. Pero hay algo que no puedo entender. ¿Por qué, siendo riquísimos, usted y Hacker volvieron a las líneas de navegación espacial?

Madison entornó los párpados.

- Yo no podía olvidar la riqueza sin fin que guardaba Wreegl. Si era rico ya, podía ser mil veces, un millón de veces, más rico. Y decidí volver. Por desgracia, el pobre Hacker se empeñó en acompañarme. Tuve que traerle para evitar que descubriera el secreto de los diamantes de Wreegl, pero cuando nos aproximamos, Hacker empezó a mostrarse locuaz. Temí que hablase y... le eliminé. No había otra solución.
- Y de paso, doctor Madison. causó también la muerte de Dick Farmer...
- Sí — confesó —. En realidad, el culpable absoluto es usted, comandante Gwins.

- ¿Yo? — exclamé, maravillado.
- Recuerde. En Tildrich, intenté sondearle. Usted podía ser un excelente socio o... un mal enemigo. Por desgracia, usted no respondió a mis sondeos positivamente. Comprendí que no podía contar con usted para enriquecernos... No quería forzar las cosas: yo tenía posibilidad de volver más tarde a Wreegl, pero unos aerolitos destrozaron la cabina de control, y usted se empeñó en aterrizar sobre el Planeta de los Cíclopes Rojos. Maté a Hacker porque estaba dispuesto a hablar claramente con usted...
- ¿Ya Deane Sullivan?
- Deane era una mujer inestable, fácilmente influible. Me serví de ella para eliminarle a usted... porque ya, de todas formas, había decidido que éste sería mi último viaje a Wreegl, y debía aprovecharlo.
- Pero también mató, de un golpe, a la enfermera Helen Haffner — le acusé.
- Deane tuvo un momento de lucidez, y habló a Helen. Tuve que hundirle el cráneo de un golpe, para evitar que la Haffner me denunciara.

Contemplé a Madison con repugnancia.

- ¿Se da cuenta, Madison? Es usted una alimaña, una bestia sedienta de sangre, que no retrocede ante ningún crimen, por execrable que fuere...
- Sea comedido, comandante — gruñó, malhumorado—. Al fin y al cabo, puedo prescindir de usted... ¿No quiere saber qué le ocurrió, en verdad, a Allan Cooper?
- Me lo imagino. Debió inyectarle drogas...

Madison dejó escapar una risita.

- Muy inteligente, comandante. Así fue, en efecto. Al atardecer, Cooper vino a verme a la enfermería. Dijo que sentía una fuerte jaqueca... Le aseguré que su malestar desaparecería en cuanto le pusiera una inyección. El accedió, confiado. Aquella misma tarde, penetré por la fuerza en el bar. Cooper estaba a la entrada del zoológico, y comenzaba a sentir los efectos de la inyección, Puse en sus manos dos botellas de ginebra... No sé si se las bebió o no. Realmente, no me importaba.

Entorné los ojos.

- ¿Quiere decir que inyectó a Cooper, por el simple placer de matar? — rugí.

Madison alzó una mano.

— ¡No, no! No lo hice por eliminar a Cooper. Pero... imaginé que el vigilante perdería el control de sus actos, en cuanto la droga hiciera su efecto. En tal estado, muy cerca del zoológico, ¿ hacia dónde se dirigiría el estallido mental de Cooper? En fin, las cosas no salieron a la medida de mis deseos. Porque yo a quien quería eliminar... ¡era a usted, comandante Gwins!

CAPITULO XIII

Comenzaba a deshidratarme.

En varias ocasiones, había tratado de sorprender a Madison, pero él permanecía alerta, y sólo conseguí que me derribara de un culatazo en pleno rostro.

Mi piel no sudaba ya. Y aquél era un mal síntoma: estaba a un paso de la deshidratación.

Madison era una auténtica fiera, un animal salvaje, que sólo se guiaba por sus instintos más primarios.

Le había suplicado que me diera de beber, se lo había rogado desesperadamente.

Pero él reía a carcajadas.

— ¡No, comandante! Es mejor así. Dentro de poco, se sentirá tan débil, que para mí no supondrá el menor peligro — había respondido.

Mi reloj marcaba las dos de la tarde, cuando Madison se puso en pie y disparó su carabina por encima de las cabezas de los hombres y mujeres que recogían las gemas en el arenal.

Los tripulantes se detuvieron, miraron hacia el RAPID-003, y lentamente retornaron.

Portaban bolsas llenas de diamantes, algunas tan pesadas que apenas podían arrastrarlas.

Poco a poco, llegaron junto a nosotros, y fueron depositando los sacos a los pies de Kenneth Madison.

Mi mirada se cruzó con la de Jessie, que se dejó caer cerca de mí, y comenzó a sollozar, de bruces sobre la arena.

Su llanto era tan desgarrador, que adelanté una mano y acaricié sus cabellos,

- Yo no quería ir, Cameron — hipó—. Pero él... ¡él nos amenazó a todos!

Su cuerpo entero se agitaba, al compás de los sollozos.

Apreté los dientes y susurré:

- Calina, pequeña. Todo se solucionará.

Entonces, Jessie alzó su rostro, manchado de arena,

y me miró.

Mi aspecto debía ser horrible, porque ella se dejó caer de nuevo, y estalló en violentos hipidos.

Miré a Madison.

Seguía en pie, vigilante, extremando sus precauciones, dando órdenes a unos y otros:

- ¡Apártese! ¡Más allá! ¡Ahí! ¡Usted, Ketchum, sepárese del comandante!

Gritaba y gesticulaba como un energúmeno, dominando y dirigiendo a aquel rebaño de borregos.

Entonces, noté que alguien me tocaba la mano.

Era Jessie.

Me tendía una pequeña bolsa de agua. Apenas un trago, pero...

- Lo he reservado para ti. Pude verte, desde el arenal y... adiviné que Madison no tendría piedad de ti — murmuró.

Me dejé caer de bruces sobre la arena, simulando un desvanecimiento y., sorbí salvajemente el agua que quedaba en la bolsa.

Pasaron los minutos.

Cerca de mí notaba los jadeos de mis compañeros, que se acomodaban bajo el fuselaje del RAPID-003, exhaustos, con sus rostros cubiertos de ampollas y gravísimas quemaduras solares.

Seguía descansando de bruces sobre la arena, cuando una salvaje patada en un costado me obligó a exhalar un gemido.

- Está vivo, ¿no es cierto? — gritó Madison—. Muy bien, siga así, comandante. Sólo una advertencia: que nadie se aproxime a él, que nadie lo toque o... lo sentirá.

En el centro de la zona sombreada se alzaba un montón de saquitos de diamantes.

Durante más de una hora, Madison se ocupó en registrar, uno por uno, los bolsillos de todos los tripulantes, hasta quedar convencido de que ninguno había escamoteado una *seña* piedra.

A tres metros de mí, Tom Deacon descansaba su espalda sobre uno de los pies del tren de aterrizaje.

.Me miró. Sus mejillas estaban deformadas por las costras.

- Lo siento — murmuró—. Sé que no tengo perdón. Me dejé llevar por la ambición, comandante.

No dije nada. Pero le envié una sonrisa animosa.

Un poco más allá, John Ketchum silbó quedamente, y comenzó

a dibujar algo sobre la arena.

En principio, rio comprendí, pero luego leí claramente una palabra: *Deane.*

Ketchum miró a Madison, que se había sentado a diez metros de distancia y nos vigilaba a todos.

John siguió escribiendo lentamente sobre la arena.

Me miraba con gran atención, cuando yo leí aquella frase:

- Deane volvió en sí esta mañana.

Moví la cabeza para hacerle entender que había leído el mensaje. Ketchum pasó una mano sobre la arena, borró las palabras y tornó a escribir.

- Ella está arriba, y sabe cómo salir — decía la segunda frase.
- *Bien* — escribí yo, a mi vez—. *¿Qué piensa hacer Deane*?

Borré en cuanto Ketchum leyó el mensaje, y esperé la respuesta.

- *No lo sé* — respondió él, por el mismo sistema—.

Esperemos.

Las horas transcurrieron lentamente, bajo los ardores insoportables del sol.

Serían las ocho de la tarde cuando me incorporé y miré a Madison, que vigilaba sin parpadear.

- ¿Qué espera, doctor? — grite. Y todos se irguieron, despertando de su modorra—. ¿Es que no tiene ya bastantes diamantes? — pregunté, señalando la pila de saquitos.
- Confieso que no está mal. Pero... ¿por qué despreciar las gemas que aún quedan en el arenal? Usted mismo lo dijo, comandante... ¿qué prisas tenemos? — se burló.

Una hora después, repartió bolsitas de agua entre todos— a excepción de mí mismo — y les ordenó que volvieran al arenal a llenar nuevas bolsas de diamantes.

Solamente permitió que se quedase McCoy, a pesar de que el estado de la mayoría era preocupante.

Cuando ya se ponía el sol, mis compañeros se alejaron en todas direcciones, y prosiguieron con la recogida de gemas.

En el lugar donde había caído, la noche anterior, el cerdo salvaje, sólo quedaba una gran mancha grasienta.

En aquel momento, escuché un leve chirrido. Tan leve, que Madison no pudo oírlo.

El rumor provenía de las compuertas del garaje inferior de la astronave.

¡Deane...!

Seguro de que era ella y, tratando de distraer la atención del médico, me puse en pie y anduve, tambaleante, hacia él.

- ¡Quieto! — rugió Madison. inmediatamente, girándose y encañonándome.
- No tema. Sólo quiero beber — dije, Y me desvié cuatro pasos de él, para tranquilizarle.

Conseguí que Madison girase y diese la espalda a la compuerta del garaje, que estaba abriéndose ya silenciosamente.

- No hay agua—negó Madison.

Entonces me dejé caer de rodillas ante él.

- Por favor — murmuré —. Sólo un poco.

El médico rió salvajemente.

- Nada menos que el comandante Gwins de rodillas y suplicante. Está bien — Madison tomó una bolsita de agua destilada, la rasgó y la lanzó al aire —. Tómela.

Por supuesto, la bolsa cayó a dos metros de mí, y su contenido fue rápidamente absorbido por la arena.

Pero Deane descendió por la rampa de la compuerta de hangares.

Aunque no la miraba directamente, advertí que su expresión era absolutamente normal, propia de persona cuerda y razonable.

¡La muy estúpida ..!

No había tenido la elemental precaución de tomar una carabina o un fusil paralizante...

Pero ella llevaba algo en la mano, que en el primer momento apenas pude ver.

- ¡Por favor, por favor! — insistí desesperadamente, para impedir que Madison se volviese v viera a la mujer—. ¡Sólo unas gotas...!

Madison rió con violentas carcajadas.

Gozaba viéndome sufrir, era evidente.

- ¿Unas gotas, sólo unas gotas, comandante. .? — rompió una bolsa, y el chorro corrió por su rostro brillante y grasiento —. ¿ Unas gotas tan sólo, comandante ..?
- Se lo suplico — gemí, porque Deane se aproximaba, ya a espaldas del médico.
- Arrástrese, Cameron. Venga hasta mí, vientre a tierra.. Tal vez unas cuantas gotas salpiquen su rostro— se burló Madison, agitando en el aire la bolsa de plástico.

Entonces vi claramente lo que Deane llevaba en su mano derecha.

¡Una jeringuilla de inyecciones...!

Deane dejó escapar un grito agudo, y cayó sobre Madison.

La aguja hipodérmica se clavó en el hombro izquierdo del médico, que gritó y, de forma refleja, disparó su carabina electrónica.

La arena se fundió a medio metro de mi cabeza, por lo que rodé apresuradamente para evitar un segundo disparo.

Sin embargo, no había ya peligro. Valientemente, Deane había arrancado el arma, de un puntapié, de las

manos del médico.

Madison, desencajado, se incorporó de un salto y miró a Deane, colérico:

- ¿Qué has hecho, maldita? — rugió.

Deane retrocedió de un salto, y recogió la carabina del suelo.

- No tema, doctor. No he hecho más que pagarle con la misma moneda. Es decir: acabo de inyectarle una dosis doble de la droga con la que usted estuvo a punto de volverme loca —explicó, con voz fría.

Madison se agitó, con un respingo nervioso.

- ¡No! —saltó—. ¡No! —a cada palabra acompañaba un saltito grotesco—. ¡Dígame que no es cierto, que sólo trata de asustarme...!

Deane le encañonó con la carabina.

- Sólo trato de que experimente la droga en su propia carne, doctor. Espero que, después, no vuelva a utilizarla con ningún ser humano —r explicó firmemente.

Bruscamente, las facciones de Kenneth Madison se alteraron. Sus cejas se elevaron, rígidas, su boca se deformó terriblemente, y sus ojos giraron, enloquecidos, en sus órbitas.

De repente, exhaló un grito y huyó.

Las personas que recogían las gemas en el arenal, se irguieron al verle avanzar, lanzando espeluznantes alaridos. Poco a poco, todos se apartaron de él, y retornaron hacia la astronave.

- ¡Aprisa! —ordené—. ¡Subid, subid...!

Todos arrojaban sus bolsas de diamantes, y corrían pesadamente hacia el RAPID-003, sin reparar para nada en la riqueza que abandonaban.

A través de la rampa del hangar, mis compañeros subían rápidamente hacia el interior de la astronave.

Finalmente, abajo sólo quedamos Ketchum, Russel, Deacon, Jessie y yo.

- Subid. Que Mark ponga en marcha los reactores. Algo me dice que debemos estar dispuestos para despegar— les dije.
- ¡Dios mío!—gimió Jessie—. ¿Y el doctor Madison?

Mientras, yo había calmado mi sed e iba recuperando fuerzas.

- Voy a por él. Que nadie me siga. ¡Vamos, daos prisa! ¡Subid, subid!

Subieron todos, sin reparar en el montón de sacos repletos de diamantes.

Entonces me dirigí hacia el arenal, v comencé a gritar estentóreamente:

- ¡¡Vuelva, doctor Madison!! ¡¡Vuelva...!!

Pero el médico estaba ya a más de un kilómetro de distancia.

¿Qué hacía?

Recogía los saquetes abandonados por mis compañeros, tomaba puñados de diamantes, y regaba el suelo con ellos, mientras lanzaba al aire extraños aullidos.

Uri momento se volvió y me vio. Pero en seguida corrió locamente hacia el lago.

Entonces escuché aquel sordo rumor, y me detuve.

Desde el lago se aproximaban, veloces, las oscuras moles de los cerdos salvajes.

- ¡ ¡MADISOOON!! —grité, espeluznado.

Pero él seguía corriendo, sin advertir el peligro. Comencé a disparar la carabina, pero los rayos no llegaban a la manada de paquidermos.

Luego vi desaparecer a Madison bajo las enormes pezuñas de los cerdos.

Me estremecí. La manada se había detenido, y formaba un salvaje y nervioso corro, hervidero de animales hambrientos.

Entonces eché a correr con todas mis fuerzas. Estaba todavía a unos trescientos metros del RAPID-003, cuando volví a escuchar aquel ruido, semejante a un trueno.

¡La manada de cerdos salvajes galopaba velozmente en pos de mí . !

Me pesaban terriblemente las piernas, me faltaba la respiración... Desesperado, comprendí que jamás alcanzaría la astronave Antes, aquella manada de colosales paquidermos me daría alcance.

Fue entonces cuando vi moverse el rápido *trans* sobre las suaves dunas.

En dos minutos, el vehículo estuvo a mi altura. Y quien lo conducía era Jessie.

Jessie, temblorosa, aterrada, pero con la suficiente firmeza de ánimo como para venir a rescatarme.

A doscientos metros, una gran polvareda señalaba la manada de paquidermos.

— ¡Un poco más…, un poco más y estamos…! —susurró Jessie.

El *trans* ascendió la rampa, y las compuertas se cerraron tras nosotros. Abajo se oyó, un minuto después, el rumor de los colmillos de los cerdos, que embestían ciegamente al sólido tren de aterrizaje del RAPID-003.

Suspiré profundamente, acaricié las mejillas de Jessie, y la besé en los labios. Entonces, ella se desmayó.

* * *

Treinta minutos más tarde, el RAPID-003 se elevaba majestuosamente sobre la superficie de Wreegl.

Yo esperaba fervientemente que el Planeta de los Cíclopes Rojos siguiese guardando durante siglos el secreto de sus fabulosos yacimientos de diamantes. Para todos nosotros, las jornadas transcurridas en Wreegl y los dramáticos hechos que tuvieron lugar allí, supondrían una experiencia que jamás podríamos olvidar…

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.